

NOCHES EN FLORENCIA, 1

# EL PRÍNCIPE

Por el autor de *El infierno de Gabriel*

SYLVAIN REYNARD



## Índice

Portada

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Agradecimientos

Glosario de términos y nombres propios

Noches en Florencia, 2. La alondra

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Nota

## Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

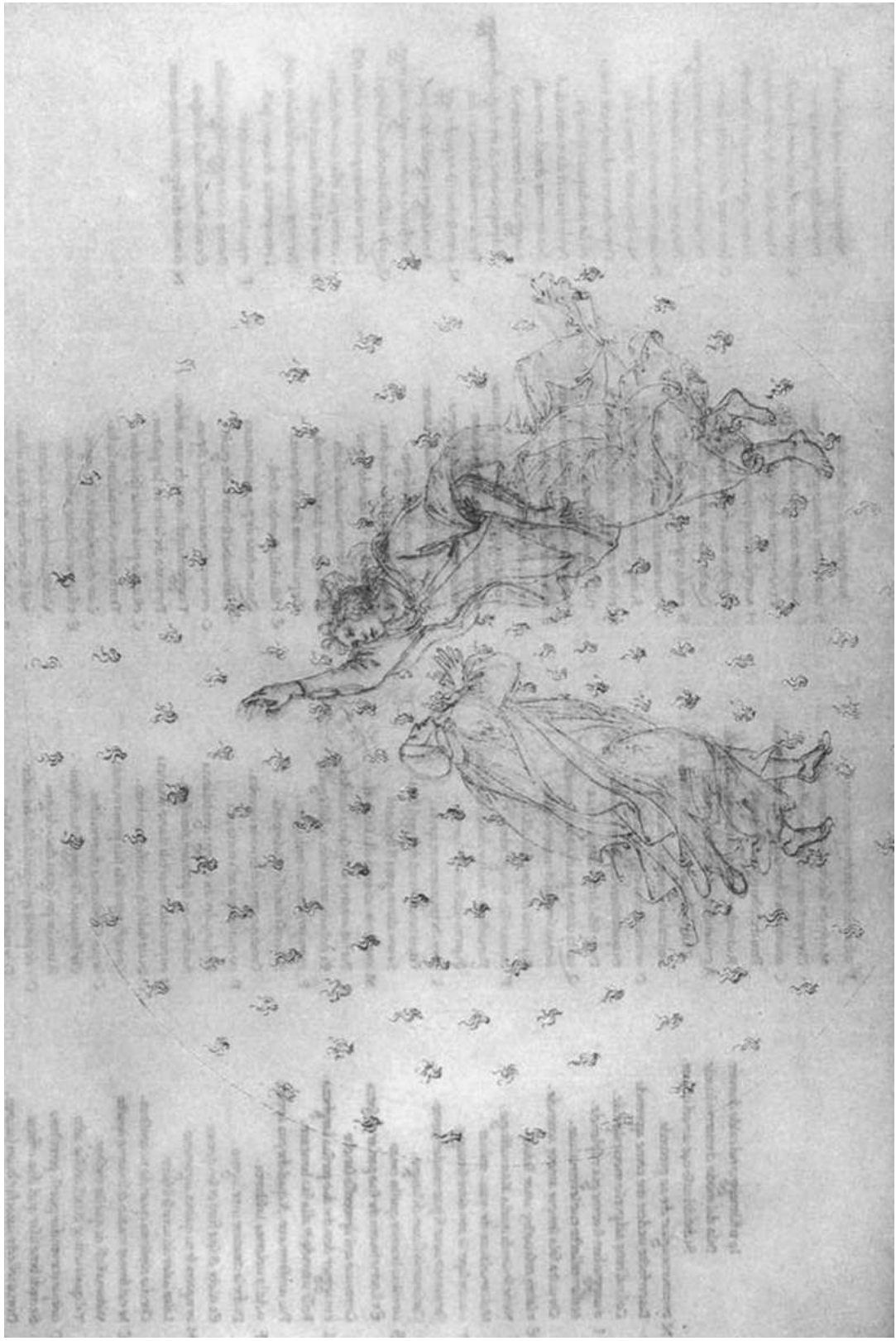
[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

---

**Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:**



**Explora Descubre Comparte**



*Paraíso*, Canto VI. Sandro Botticelli

## *Prólogo*

*Junio de 1870*  
*Florenxia, Italia*

Una figura solitaria acechaba entre las sombras que cercaban la mansión del Príncipe, situada en las colinas que rodean la ciudad de Florenxia. Desde las ventanas de la villa, la panorámica de la ciudad era espectacular, también por la noche.

Aunque la figura no tenía ninguna posibilidad de disfrutar de esa vista.

El Príncipe usaba una magia rara para mantener a distancia a otros seres como él, o eso le pareció a la figura. A media manzana de la villa, que se asemejaba más a una fortaleza que a una mansión de recreo, se sintió inquieto y lo asaltaron náuseas y espasmos en los músculos. No era de extrañar que el Príncipe llevara tanto tiempo como amo y señor de la ciudad. Nadie era capaz de poner un pie en sus dominios, y así era imposible desafiarlo abiertamente.

No obstante, esa noche alguien lo desafiaría al llevarse una de sus posesiones más valiosas.

En la distancia, se oyó cómo alguien metía una llave en una cerradura y abría una verja de hierro. La figura enderezó la espalda, con todos los sentidos en alerta.

Un hombre de mediana edad cargado con un zurrón de cuero se dirigió a su encuentro.

La figura abandonó la protección de las sombras para reunirse con él, desplazándose rápidamente y en silencio.

—¿Gianni? —lo llamó.

El aludido aceleró el paso.

—Mi amo —murmuró en italiano haciendo una reverencia.

El amo cogió el zurrón y lo abrió. Sus manos pálidas revolvieron el montón de ilustraciones de valor incalculable, contándolas en voz baja.

A continuación, mirando a Gianni fijamente, le preguntó:

—¿Están todas?

—Sí, amo. Cien en total. —Los ojos de Gianni estaban muy abiertos. No pestañeaba. Parecía estar en trance.

(Lo estaba.)

—¿Te ha visto alguien?

—No, amo. Los criados están durmiendo, y el Príncipe no se encuentra en casa.

—Excelente. —Agarró a Gianni por el hombro y lo forzó a establecer contacto visual—. Ahora regresarás a la mansión y te retirarás a tu habitación. Dentro de una hora te despertarás y no recordarás nada de lo que ha pasado.

—Sí, amo.

—Vete. Asegúrate de que nadie te vea.

Con una nueva reverencia, Gianni se volvió para entrar en la fortaleza.

El amo permaneció observándolo mientras cerraba la puerta de la verja con llave y se dirigía hacia la mansión para entrar por una de las puertas laterales.

Murmuró una maldición renacentista y escupió en el suelo. El principado de Florencia debería ser suyo. Llevaba años escondido, observando, esperando el momento apropiado para hacerse con el control de la ciudad.

«Mi ciudad.»

Y, al parecer, esa noche su paciencia había sido recompensada. De un golpe había minado la confianza del Príncipe en la seguridad de su fortaleza y le había robado su posesión más valiosa. Sin duda podía esperar un poco más para sacar a la luz sus secretos y acabar, así, de destruirlo.

Se fijó en una de las ilustraciones. Era un dibujo a tinta de Dante y Beatriz. Cerró de nuevo el zurrón y echó a correr. Saltó desde el *piazzale*



hasta el camino que serpenteaba bajo sus pies y desapareció en la oscuridad de la noche.

*Agosto de 2011*  
*Florenxia, Italia*

El Príncipe de Florenxia estaba en la primera planta de la galería de los Uffizi, planteándose cometer un asesinato.

Lo más selecto de la élite humana de la ciudad —hombres con esmoquin y mujeres con vestidos largos— se arremolinaba a su alrededor en el momento en que el profesor Gabriel Emerson llenó la estructura renacentista con su insipidez.

El Príncipe había matado antes. Elegía a sus víctimas con cuidado, y sólo en contadas ocasiones había disfrutado de ello. Ésta iba a ser una de esas ocasiones.

Era ligero de pies y extremadamente astuto. Su inteligencia era el complemento perfecto para su fuerza sobrenatural. Sin duda podría llegar hasta el profesor americano y partirle el cuello sin que nadie se diera cuenta.

Se imaginó que cruzaba la sala a toda velocidad, ejecutaba al profesor y huía por una ventana sin que ninguno de los cien invitados dejara de beber champán.

Los humanos eran unos seres muy fáciles de engañar. Probablemente achacarían la muerte del profesor a un ataque al corazón repentino y seguirían con sus vidas sin darse cuenta de lo que tenían ante sus ojos.

El Príncipe se tensó ante una perspectiva tan tentadora. Los músculos de sus antebrazos se contrajeron bajo las mangas de su carísimo traje negro.

Sin embargo, una muerte tan rápida no era suficiente para la magnitud

del delito que el profesor había cometido; un delito que, además del daño personal, incluía una gran dosis de humillación.

El Príncipe se sentía muy orgulloso del modo en que impartía justicia (tal como él lo definía), así que descartó la posibilidad de una ejecución rápida.

El profesor tenía que sufrir, y eso implicaba que su bella esposa también debía hacerlo.

Ella estaba junto a su marido, vestida con un vestido rojo que actuaba como un capote delante de un toro. Desde luego, había atraído su atención.

El Príncipe se la quedó mirando intensamente, absorbiendo cada detalle de su figura.

Como si hubiera notado su mirada, la joven se volvió hacia él, pero apartó la vista de inmediato.

La señora Julianne Emerson era más joven que su marido, menuda y, para el gusto del Príncipe, demasiado delgada. Tenía los ojos grandes y oscuros y, desde luego, muy bonitos. Su rostro le recordaba a los cuadros renacentistas por la elegancia de su cuello y de sus mejillas.

El Príncipe se permitió el capricho de admirar a la esposa del profesor mientras el muy idiota charlaba sin parar en italiano contando cómo ella lo había convencido para que compartiera *sus copias* de las ilustraciones originales de Botticelli. Sus ignorantes comentarios no hicieron más que avivar la furia del Príncipe.

Las ilustraciones eran suyas, no del profesor. Y no eran copias; eran los originales, dibujados por Sandro Botticelli en persona.

Era evidente que, además de un ladrón, el profesor era un filisteo, incapaz de distinguir entre una copia y su original.

El Príncipe se dedicó a elaborar nuevos y sofisticados métodos de tortura, combinados con un curso de Historia del Arte para principiantes, mientras ignoraba los halagos que el profesor dedicaba al trabajo filantrópico de su esposa con los huérfanos y los sintecho. Había demasiados humanos que trataban de compensar sus pecados mediante buenas obras para salvar sus almas.

Pero él conocía de primera mano la futilidad de las buenas obras.

Los Emerson traficaban con una mercancía robada. Habían adquirido unas obras de arte que el Príncipe llevaba más de un siglo tratando de recuperar. Y, por si eso fuera poco, habían tenido la audacia de plantarse en su ciudad, ofrecer las ilustraciones a los Uffizi (haciéndolas pasar por copias) y montar ese espectáculo. Parecía como si lo hubieran organizado todo expresamente para provocar su ira.

Podían darse por muertos.

El Príncipe siguió con la vista clavada en la señora Emerson, aunque sus ojos grises no veían nada.

Entonces, algo llamó su atención. Sin razón aparente, la joven se ruborizó y miró a su marido con deseo y amor.

En ese momento, el Príncipe se acordó de otra persona, una mujer que lo había mirado con el dulce rubor de la juventud y el corazón rebosante de deseo.

El viejo recuerdo se retorció en su interior como si fuera una serpiente.

—Los animo a disfrutar esta noche de la belleza de las ilustraciones de la *Divina Comedia*, y a celebrar luego en sus corazones la belleza, la caridad y la compasión en la ciudad que Dante tanto amó: Florencia. Gracias.

El profesor inclinó la cabeza al acabar su intervención. Se dirigió hacia su esposa y la abrazó entre los entusiastas aplausos de los asistentes.

El Príncipe no aplaudió. De hecho, frunció el ceño y murmuró una maldición contra Dante.

Se quedó solo en su desprecio. Fue el único miembro de la élite florentina que no aplaudió. Y, por supuesto, era el único en la sala que había hablado con Dante cara a cara y que le había hecho saber que lo consideraba un idiota.

El Príncipe no estaba disfrutando con esos recuerdos. Le caía mal Dante entonces y seguía cayéndole mal ahora. Además, odiaba el mundo que había construido en su *magnum opus*.

(El Príncipe no consideraba que fuera incompatible adorar las ilustraciones de Botticelli y odiar el texto que ilustraban.)

Se ajustó los gemelos que unían los puños de su elegante camisa negra, adornados con el símbolo de Florencia. Seguiría a los Emerson y, cuando estuvieran lejos de la presencia de testigos, atacaría. Sólo necesitaba tener un poco más de paciencia.

Y ésa era una virtud que poseía en abundancia.

Mientras se servía un refrigerio y los invitados charlaban entre sí, el Príncipe se mantuvo apartado, sin hablar con nadie, rechazando los ofrecimientos de comida y bebida de los camareros.

Los humanos solían reaccionar a su presencia de dos maneras. O bien se percataban de que era peligroso y se alejaban de él, o bien se lo quedaban mirando y se le acercaban sin darse cuenta siquiera de que lo estaban haciendo.

Era un hombre guapo. Habría quien lo definiría como un hombre hermoso, con su pelo rubio, sus ojos grises y su apariencia juvenil. Aunque no llegaba al metro ochenta de estatura, tenía un cuerpo esbelto y musculoso bajo el traje negro. Su postura y sus movimientos eran fuertes y decididos, como correspondía a un hombre de su poder.

Era un depredador, no una presa, así que no tenía nada que temer. Por ejemplo, en esa sala, lo único que podía preocuparle era que alguien descubriera su identidad.

Saludó con una rápida inclinación de cabeza al *dottore* Vitali, el director de la galería, pero no se acercó a hablar con él. De hecho, la furia del Príncipe se extendía hasta el director, ya que él también estaba traficando con mercancía robada.

El Príncipe de Florencia no había mantenido el dominio de la ciudad gracias a la indulgencia. En su principado, la justicia se aplicaba rápidamente y nadie quedaba exento. Cuando llegara la hora del *dottore* Vitali, él también sería castigado.

El Príncipe se acercó a las puertas de la sala de exposiciones. Al asomarse vio que habían pintado las paredes de azul brillante, para que las ilustraciones de la *Divina Comedia* de Dante destacaran más. Se sintió aliviado al ver que sus preciosas obras de arte estaban protegidas por cristales.

Examinó la habitación de pared a pared y del suelo al techo, tomando nota de todas las medidas de seguridad. Ejecutar a los Emerson era sólo parte del plan. También tenía que recuperar sus ilustraciones.

Observó al profesor y a su esposa, que estaban frente a una de las mejores muestras de arte de Botticelli, una imagen de Dante y Beatriz en la esfera de Mercurio. Beatriz iba vestida con ropa vaporosa y señalaba hacia arriba, mientras que Dante seguía su gesto con los ojos.

El Príncipe se acercó caminando con decisión.

Los ojos de la señora Emerson se volvieron hacia los suyos durante un instante y él jugueteó con la idea de ejercer control mental sobre ella.

Cuando estaba tan cerca que ya podía tocar con los dedos la vitrina protectora, los Emerson se hicieron a un lado, dejándole sitio.

Incomprensiblemente, el profesor colocó a su esposa tras él, protegiéndola así de la vista del Príncipe.

Los dos machos se retaron con la mirada.

El Príncipe tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír. Gabriel no tenía ni idea del alcance del poder de su adversario. Ni de su grado de enfado.

—Buenas noches —los saludó el Príncipe en inglés, haciendo una reverencia.

—Buenas noches —replicó el profesor con brusquedad, deslizando la palma de la mano sobre el brazo de su esposa para tomarla de la mano.

El Príncipe siguió el recorrido de la mano de Gabriel y se permitió una ligera sonrisa.

—Una velada espectacular —comentó señalando a su alrededor con magnanimidad.

—Así es —replicó Gabriel, agarrando la mano de Julia con demasiada fuerza.

—Es muy generoso por su parte compartir *sus* ilustraciones —dijo el Príncipe con ironía—. Qué suerte para usted haberlas conseguido mediante un vendedor secreto y no por los cauces habituales.

Esperó para comprobar la reacción del profesor, aspirando con disimulo para analizar el aroma del matrimonio.

El aroma del profesor no tenía nada de particular. A través de él, el Príncipe supo que estaba sano y que era muy arrogante. Todavía no había acabado de formar las virtudes de su vida. También era evidente que tenía un gran instinto protector. Tanto la aspereza de su sangre como su lenguaje corporal indicaban que daría la vida por la joven que estaba a su espalda.

La idea de comprobarlo era muy tentadora.

Tras haber leído el carácter del profesor a través del aroma de su cuerpo y de su sangre, el Príncipe enfocó su atención en la caritativa señora Emerson.

Inicialmente olía a virtud; en concreto, a compasión y generosidad. El aroma de su bondad le resultó una sorpresa agradable al Príncipe. Como si fuera un reflejo involuntario, su mirada se desvió al cuadro de Beatriz que colgaba cerca de allí.

—Sí, me considero un hombre afortunado —repuso Gabriel—. Que disfrute de la velada. —Asintió con brusquedad con la cabeza y se alejó sin soltar la mano de su esposa.

El Príncipe permaneció donde estaba y cerró los ojos, respirando con profundidad una vez más. Cuando la señora Emerson pasó por delante de él, algo desagradable —y decididamente maligno— le alcanzó la nariz.

Abrió los ojos al darse cuenta de pronto de que la señora Emerson estaba enferma.

Su amabilidad y su caridad casi lograban enmascarar el desagradable olor interno, pero allí estaba, acechando en las profundidades como una serpiente.

El Príncipe y los de su especie eran expertos en detectar los defectos y las enfermedades de los seres humanos. Tal vez fuera una característica innata o producto de la adaptación. Pero, fuera cual fuese su origen, esa característica les permitía distinguir entre fuentes de alimento deseables o poco recomendables.

Y, gracias a esa habilidad, determinó que a la señora Emerson le faltaba hierro. De eso estaba seguro. No obstante, había otra cosa; algo grave, que no había notado antes, y que la convertía en un sujeto

repugnante. Sin embargo, sus virtudes eran muy reales. Le sorprendió darse cuenta de que no se trataba de la esposa consentida que había creído que era.

Los ojos del Príncipe siguieron a la pareja hasta el extremo opuesto del pasillo, donde los Emerson, muy juntos, susurraban frenéticamente.

Con una última mirada de indecisión hacia la preciosa cara de la señora Emerson, se volvió y se dirigió a la salida.



La prudencia era otras de las virtudes que el Príncipe conservaba.

Su furia no se había aplacado, por supuesto. No en vano llevaba alimentándolo durante más de un siglo. Crecía, como un cerdo engordado en una granja, cada vez que sus intentos de descubrir el paradero de sus preciadas ilustraciones de Botticelli caían en saco roto.

Se cobraría la justicia que le debían cuando llegara el momento, aunque, desde luego, no sería en un lugar público. Y, por descontado, no sería en un acto social, en medio de una nube de periodistas y fotógrafos.

No, seguiría a los Emerson y, cuando se marcharan del *palazzo*, atacaría. Pero le perdonaría la vida a la señora Emerson.

El Príncipe conservaba vestigios de un código moral. No es que creyera que las buenas obras lo salvarían. Sabía perfectamente que eso era imposible. Si se regía por un código moral era porque no había sido capaz de desprenderse, por completo del modelo de conducta que seguía cuando era humano.

Para ser más exactos, el Príncipe no eliminaba la bondad de la Tierra. Al menos, no de manera intencionada. Y eso implicaba que debía proteger las virtudes de la señora Emerson.

Además, ella estaba enferma. Lo más probable era que la enfermedad, fuera la que fuese, se ocupara de castigarla. Y no creía que fuera a tardar mucho en hacerlo.

Pero al profesor no lo perdonaría.

Esa misma noche, un poco antes, el *dottore* Vitali había pronunciado un discurso. En él había afirmado que las ilustraciones le habían llegado a Emerson a través de una desconocida familia suiza. El Príncipe había sido el primer sorprendido por la información.

Lo que más le había asombrado era pensar que las ilustraciones habían permanecido durante todo ese tiempo tan cerca de casa.

Las había buscado en vano durante años. Había llegado al extremo de enviar a su lugarteniente a recorrer y registrar buena parte de Europa Occidental. Sin embargo, Lorenzo había vuelto con las manos vacías y sin expectativas de encontrarlas.

Tras encargarse de los Emerson, el Príncipe pensaba interrogar a Vitali para averiguar la identidad de la familia. Luego enviaría un emisario a Suiza para descubrir dónde y cómo habían adquirido las ilustraciones que le pertenecían.

Al menos, se consolaba pensando que los que habían robado las ilustraciones de su casa no eran de su especie. Y eso significaba que los ladrones, quienesquiera que fueran, habían muerto hacía mucho tiempo.

Había torturado y matado a todos sus criados el día después del robo. Estaba seguro de que alguno de ellos estaba implicado en la desaparición, aunque fuera de manera involuntaria. Pero no había sido capaz de averiguar quién era el responsable ni cómo lo había hecho.

Mientras todas esas ideas daban vueltas en su cabeza, el Príncipe se difuminó al fondo de la sala, tal como acostumbraba a hacer siempre que se mezclaba con humanos. No le interesaban sus mezquinas ocupaciones ni sus necias conversaciones. Si había acudido a la gala esa noche era por un objetivo muy concreto, y no pensaba perderlo de vista.

Esperó hasta que vio que los Emerson se escabullían del resto de los invitados y subían por la gran escalinata de piedra hasta el primer piso. Los siguió a una distancia prudencial. Distraer al guardia de seguridad apostado al pie de la escalera fue un juego de niños.

Cuando llegó al primer piso, el pasillo estaba desierto.

Siguió el rastro de los Emerson hasta llegar a la sala dedicada a Botticelli. Al asomarse, vio que la pareja se había entregado a un abrazo apasionado.

Sin pararse a pensar en las consecuencias, decidió entrar para admirar las obras de arte sin ser visto. Hacía tiempo que no disfrutaba de los cuadros de los Uffizi en persona. Los asuntos de Estado lo mantenían muy

ocupado, así como otros temas.

Escaló una de las paredes de la sala y se colgó del techo, con cuidado de no hacer ningún ruido. Era un truco muy usado entre los de su especie cuando querían observar a los humanos sin ser descubiertos. Resultaba asombroso lo poco que los humanos miraban hacia arriba.

Mientras los Emerson se besaban y se susurraban palabras al oído, el Príncipe se tomó su tiempo para disfrutar de *El nacimiento de Venus* y de la copia de *La primavera*. Al hacerlo, el pecho se le hinchó con una sensación de superioridad y satisfacción.

Él sabía algo sobre *La primavera* que nadie más en el mundo sabía. Y guardaba el secreto con mucho celo, como si de una joya muy valiosa se tratara.

De pronto, tuvo que abandonar esos pensamientos que tanto le gustaban, porque la señora Emerson agarró a su esposo de la mano y lo sacó al pasillo.

Cuando el Príncipe estaba a punto de ir tras ellos, se fijó en que había una nueva pieza en la sala, cerca del lugar donde los Emerson se habían besado.

Saltó al suelo sin hacer ruido y se dirigió al cuadro. Poco antes de llegar, se detuvo en seco.

Justo enfrente de *El nacimiento de Venus* había una gran fotografía en blanco y negro de la señora Emerson. Estaba de perfil, tenía los ojos cerrados y estaba sonriendo. Unas manos le levantaban la larga melena oscura.

Era una imagen extraordinaria, incluso para sus fríos y cínicos ojos. La belleza de la fotografía resultaba aún más conmovedora al saber que estaba enferma.

El Príncipe leyó las palabras que acompañaban la imagen. Era una cita de Dante:

*«Deh, bella donna, che a' raggi d'amore  
ti scaldi, s'i' vo' credere a' sembianti  
che soglion esser testimon del core,*

*vegnati in voglia di trarreti avanti»,  
diss'io a lei, «verso questa rivera,  
tanto ch'io possa intender che tu canti.  
Tu mi fai rimembrar dove e qual era  
Proserpina nel tempo che perdette  
la madre lei, ed ella primavera».*  
Dante, *Purgatorio*, 28.045-051

*«Ah, hermosa dama, iluminada por  
rayos de amor. Si tu apariencia fuera  
una señal de la belleza de tu corazón,  
te pediría que te acercaras  
a la orilla de este río —le dije—  
para poder oír tu canto.  
Me recuerdas cómo Proserpina era  
cuando su madre la perdió  
y se convirtió en primavera.»*

El Príncipe hizo una mueca burlona y se volvió hacia la puerta. No le gustaba Dante en vida, y menos aún le gustaba después de muerto.

Lo de Beatriz era distinto.

Si los Emerson querían verse como una reencarnación moderna de Dante y Beatriz, era asunto suyo. A él le daba lo mismo. La misericordia no estaba en la naturaleza del Príncipe, y ni todo el amor romántico del mundo iba a poder cambiar eso.

El profesor pagaría por haber robado y su esposa lloraría su muerte. Y, con eso, se habría hecho justicia.

Se dirigió al pasillo siguiendo el rastro de la pareja. No quería perderlos si salían del edificio.

Al fondo, oyó voces y sonidos apagados.

Se acercó sigilosamente, casi volando sobre el suelo.

Unos gemidos desesperados se unieron al sonido de ropa arrugándose. También oyó el latido de dos corazones acompasados. El aroma de la

pareja le llegó con más intensidad debido a su estado de excitación sexual.

El Príncipe gruñó y mostró los dientes.

El pasillo estaba envuelto en sombras, pero vio que el profesor empotraba a su mujer contra un ventanal entre dos estatuas, mientras ella le rodeaba la cintura con las piernas.

Ella hablaba en susurros roncros, pero al Príncipe no le interesaba lo que decía. Se acercó un poco más para poder ver su preciosa cara.

Al ver su rostro ruborizado por la pasión, el viejo corazón del Príncipe se aceleró y sintió un cosquilleo de excitación.

En el sexo no tenía costumbre de observar. Le gustaba más participar. Pero en este caso decidió hacer una excepción. Con cuidado de permanecer siempre en la zona en sombras, se desplazó hacia la pared que quedaba frente a la pareja.

La mujer se retorció entre los brazos de su amante. Los tacones se le engancharon en la chaqueta del esmoquin. Levantó las manos hasta el cuello del profesor para desabrocharle la pajarita, que dejó caer al suelo de cualquier manera.

Luego le desabrochó la camisa y le besó el pecho, lo que provocó que escaparan murmullos de placer de los labios de Gabriel.

El Príncipe sintió algo más que deseo al ser testigo de la avidez de los movimientos de la mujer. Vio fugazmente su exquisita boca y su larga melena, que sin duda debía de ser suave al tacto, como un manto de seda oscura.

Cuando ella alzó la cara para sonreírle al hombre que la abrazaba con fuerza, vio que sus ojos brillaban de amor.

Habían pasado muchos muchos años desde que alguien le había dirigido al Príncipe una sonrisa como ésa. Como si él, y sólo él, fuera el premio.

En ese momento, sintió la afilada punzada de la pérdida y el peso de una envidia naciente.

En la primera planta no había aire acondicionado y el ambiente era muy cálido. Demasiado. El aire estaba cada vez más cargado por el aroma de los amantes. Era una mezcla de sangre y sexo que provocaba al

Príncipe y que parecía burlarse de él.

La mano del profesor desapareció entre las piernas de su esposa, y empezó a acariciarla mientras le susurraba sensuales palabras de aprobación.

El Príncipe alargó el cuello para verlos mejor, pero el cuerpo de Gabriel se interponía entre él y el espectáculo.

Maldijo al recordar que, una vez más, Gabriel era una interferencia entre él y sus deseos.

Siguió el movimiento del brazo del hombre y se fijó en que iba al mismo ritmo que el movimiento de las caderas de la mujer y de los sonidos que brotaban de su garganta. Sus gemidos y sus jadeos lo provocaron hasta el punto de que estuvo tentado de apartar al profesor de un manotazo y ocupar su lugar.

Se permitió disfrutar un momento de la fantasía. Se imaginó a la joven cálida y ansiosa entre sus brazos. Su boca buscaba la de él mientras la penetraba. Iría con cuidado, por supuesto, porque los humanos son muy frágiles.

Su cuerpo estaría caliente y muy flexible y, cuando gritara entre sus brazos, él acercaría los labios a su cuello y...

—No me hagas esperar —dijo ella con impaciencia.

El Príncipe salió de su ensimismamiento y vio que había agarrado a su amante por el trasero para acercarlo a ella.

Tras unos murmullos y unas suaves risas, el profesor se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un preservativo.

La alegría que la pareja compartía sorprendió al *voyeur*. Le pareció que estaba fuera de tono. Estaba acostumbrado a cópulas bruscas, furiosas, sin alegría, sin afecto.

El Príncipe fornicaba mientras se alimentaba. Su objetivo era conseguir el placer y la satisfacción de sus apetitos. Llenar un vacío. Siciar el hambre.

Pero lo que estaba presenciando era otra cosa.

El sonido de la cremallera del pantalón resonó en el pasillo. La mujer suspiró de satisfacción cuando su amante se deslizó en su interior.

La pareja se movía al unísono. Las manos tiraban y empujaban. Los gruñidos de placer llenaban el aire.

La espalda de la mujer empezó a golpear contra los cristales de los ventanales cuando su amante la embistió con más fuerza.

Tenía los ojos abiertos, brillantes, hasta que los cerró y separó los labios, rojos como el rubí.

—Estoy llegando —gimió justo antes de emitir una serie de sonidos rudimentarios mientras alcanzaba el clímax.

El hombre pronunció su nombre mientras aceleraba sus movimientos. Sus caderas giraban y empujaban. Poco después, él también se rindió.

El aroma a sexo inundó el aire mientras los amantes se abrazaban con fuerza.

El Príncipe apretó los dientes. Su erección era tan obvia como dolorosa bajo los pantalones negros.

Se protegió contra las sensaciones y siguió contemplando a la pareja sin ningún pudor mientras ellos se acariciaban mutuamente. Oía cómo sus pulmones se expandían y se contraían, y cómo su pulso empezaba a desacelerarse.

El profesor alzó una mano hacia la cara de su esposa y le acarició la mejilla. Ella se apoyó en su mano, besándole el borde de la palma.

El Príncipe apartó la mirada, como si hubiera contemplado algo demasiado íntimo.

—¿Puedes andar? —El profesor dejó a su mujer en el suelo e inclinó la espalda para recolocarle el vestido.

Ella se echó a reír. Su risa era un sonido alegre y ligero.

—Sí, aunque tal vez me tambalee un poco.

—Entonces, permíteme. —Él la levantó en brazos y la llevó pasillo abajo.

El Príncipe los observó discretamente hasta que entraron en los lavabos.

Se negaba a entregarse a los pensamientos encontrados que le había despertado ser testigo de la apasionada pero tierna escena. En vez de eso, se ajustó los pantalones y se obligó a serenarse.

Se acordó de la fotografía que colgaba de la sala dedicada a Botticelli, pero sólo un momento.

Su concepto de la justicia y sus planes para conseguirla eliminaron cualquier posibilidad de rendirse a los sentimientos.

Se forzó a concentrarse en su gente, en su principado y en todo lo que estaba dispuesto a hacer para mantener el control sobre ellos. Y luego esperó a que sus presas emergieran de su escondite.



—Massimo, estás aquí. ¿Cómo se llama el joven con el que hemos hablado antes?

—¿Cuál? —El *dottore* Vitali alzó la vista confuso hacia su amigo americano.

El profesor recorrió con la mirada una de las grandes salas de conferencias de la planta baja, donde los invitados esperaban a que les indicaran dónde debían sentarse para cenar.

—Aquél. —Gabriel señaló discretamente a un hombre vestido de negro que miraba en su dirección. El hombre que, sin que él lo supiera, los había seguido a la primera planta.

Como si hubiera oído al profesor desde el otro extremo de la sala, el desconocido le clavó una mirada amenazadora.

Vitali observó el intercambio de miradas entre ambos y asintió.

—Ah, el inglés. Hizo una donación considerable a la galería cuando se enteró de tu generosa aportación y aprovechó para pedirme que le invitara a la gala de inauguración. Al parecer, es mecenas del palazzo Medici Riccardi. Patrocinó su restauración.

—Y ¿su nombre es? —insistió Gabriel.

La mirada de Vitali se perdió en la distancia.

—¿Massimo? —Gabriel chasqueó los dedos.

Vitali se sobresaltó y se volvió a mirar al profesor.

—¿Qué estaba diciendo?

Gabriel contuvo las ganas de resoplar de frustración.

—Ibas a decirme el nombre del joven inglés que hizo una donación a la galería.

—Claro. —Vitali sonrió—. No recuerdo su nombre, pero podemos

preguntárselo a mi ayudante. Él se ocupa de la lista de invitados.

Gabriel frunció los labios.

—Entonces ¿no lo conoces personalmente?

—La verdad es que no. Pero recuerdo que la donación que hizo fue muy generosa, y que nos llegó al cabo de una hora de ofrecérsela. Nos hizo una transferencia desde una cuenta en Suiza.

—No me fio de él. Hazme el favor de mantenerlo alejado de Julianne.

—¿Le ha faltado al respeto?

—No, de momento no.

Vitali buscó al inglés con la mirada.

—Es uno de esos aristócratas jóvenes y ricos que huyen del frío y buscan refugio en nuestro país. He visto miles como él a lo largo de los años. Dudo mucho que vaya a molestar a tu esposa.

—Es posible —replicó Gabriel no muy convencido con la vista clavada en la espalda del desconocido, que se retiraba.

El *dottore* señaló hacia la mesa principal.

—Por aquí, amigos míos, por favor.

Gabriel interrumpió la conversación que Julia mantenía con la esposa de Vitali y la acompañó hasta la mesa.

—*Va bene* —dijo Vitali, tomando a su mujer de la mano y siguiendo a los Emerson.

Ni el profesor ni el *dottore* Vitali se dieron cuenta de que —aunque estuviera en el vestíbulo— el misterioso desconocido podía oír todo lo que decían. Tampoco se podían imaginar que el hombre había tomado la decisión de ocuparse de Vitali cuanto antes.

La memoria del *dottore* iba a ser todavía menos fiable en adelante.

Los Emerson practicaron sexo durante la gala no una vez, sino dos.

El Príncipe admiró en silencio la potencia y la resistencia física del profesor, que no estaba nada mal para ser un humano.

Era ya cerca de medianoche cuando la elaborada cena llegó a su fin y los Emerson se despidieron del *dottore* Vitali. Salieron de los Uffizi de la mano y se dirigieron dando un paseo hacia la piazza della Signoria.

El Príncipe los siguió, manteniéndose siempre oculto entre las sombras.

Una figura se puso en marcha tras él. Llevaba horas dando vueltas a la galería como un tiburón, esperando a que emergiera. La figura se aseguró de que el viento soplara en la dirección adecuada para que el Príncipe no lo detectase por el olfato.

El trayecto desde la *piazza* hasta el Gallery Hotel Art, situado junto al río Arno, no era muy largo, pero los Emerson se lo tomaron con calma.

La señora Emerson parecía decidida a dar limosna a todos los pobres con los que se cruzaba, y el profesor parecía dispuesto a besar a su esposa cada vez que pasaban frente a una heladería.

(Teniendo en cuenta la cantidad de pobres y de heladerías que había en el centro de la ciudad, el Príncipe empezó a temer que no llegarían al hotel antes de Adviento.)

Cuando finalmente entraron en el establecimiento, el Príncipe se quedó en la acera de enfrente, esperando. Sus contactos en la red de inteligencia humana lo habían informado de que el profesor tenía gustos caros. Había reservado la suite del ático.

Para el Príncipe no existían las barreras. Ni las puertas cerradas con llave ni los edificios altos le suponían un problema. Podría haber entrado

en cualquier habitación del hotel, pero el ático era particularmente accesible desde la terraza privada. Esperaría a que los Emerson se fueran a dormir.

(El Príncipe esperaba que no pensarán tener relaciones sexuales por tercera vez, ya que eso retrasaría aún más su venganza.)

En ese momento, la figura que había estado siguiéndolo desapareció de escena.

El Príncipe vio que se encendían las luces en el ático. Poco después, volvieron a apagarse.

Cruzó la calle en un abrir y cerrar de ojos. Estaba a punto de escalar la pared del hotel cuando el viento cambió.

Se quedó inmóvil, cerró los ojos e inspiró. Le llegó el aroma de varios miembros de su especie, pero no reconoció a ninguno de ellos. Todos le eran desconocidos.

Subió a la terraza justo a tiempo de ver a un grupo de diez hombres, armados con espadas, que se acercaban saltando por los tejados a toda velocidad. Estaban a unos ochocientos metros de distancia.

Y él no iba armado.

Rápidamente inspeccionó la zona a su alrededor, por si había otro grupo atacándolo por detrás, pero no vio a nadie.

Le pareció extraño.

Tal vez buscaban a otra persona. Era posible, pero no probable. Lo más probable era que ese grupo de seres armados que corrían en su dirección tuvieran una única cosa en mente: asesinarlo.

El Príncipe se volvió hacia ellos, sin perder del todo de vista su alrededor, por si vinieran más.

Cuando el grupo llegó al edificio vecino al hotel, se detuvo.

Una vez más, al Príncipe le llamó la atención su estrategia. O, mejor dicho, su falta de ella.

Un hombre que parecía ser el líder del grupo se dirigió a él en italiano:

—El Príncipe de Florencia, solo y desarmado —dijo blandiendo la espada.

El Príncipe examinó a los miembros del grupo, buscando alguna cara que le resultara familiar. No encontró ninguna.

Se enderezó todo lo alto que era.

—Os doy un minuto para soltar las armas y rendiros. Si no, acabaré con vosotros.

Los asaltantes se echaron a reír. Uno de ellos se acercó al borde del tejado para provocarlo.

—¿Estás loco? Somos diez contra uno.

El Príncipe lo fulminó con sus ojos grises.

—¿Tú sabes con quién estás hablando? Llevo siglos al frente de este principado. Soltad las armas o morid con ellas.

El grupo se echó a reír de nuevo.

Uno de los hombres simuló una decapitación, haciendo silbar su espada de un mandoble.

Cuando se cansaron de reír, el hombre que se había dirigido a él en primer lugar levantó la espada y, soltando un gran grito, cruzó de un salto el espacio que separaba los dos edificios.

El Príncipe esperó hasta que el hombre estuvo justo encima de él. En ese momento, se echó a un lado, le agarró la muñeca y se la retorció. Los huesos se le rompieron como si fueran ramitas secas.

El hombre aulló de dolor y, soltando la espada, se dejó caer al suelo del tejado.

El Príncipe se hizo con la espada con la mano izquierda y le rebanó el pescuezo de un golpe. La cabeza salió volando por los aires y cayó al suelo con un ruido húmedo, nauseabundo.

A continuación, tiró la espada al suelo y le dio una patada al cadáver sin cabeza. Se volvió hacia el grupo y sonrió.

—¿Quién es el siguiente?

Hubo un segundo de vacilación, pero fue sólo un momento. El resto de los atacantes se abalanzaron sobre él con un grito.

El Príncipe esperó hasta que estuvieron casi sobre él antes de dar un gran salto hacia arriba. En el aire, dio una vuelta sobre sí mismo y aterrizó detrás de los hombres. Una vez en el suelo, rebanó varias cabezas

de un solo golpe.

Una vez más, apartó los cuerpos descabezados de una patada, sin hacer caso de las cabezas que rodaban.

Los atacantes se volvieron hacia él.

El Príncipe atacó y se defendió, saltando en el aire para evitar los filos de las espadas. Instantes más tarde, el grupo se había visto reducido en seis personas. Sólo quedaban cuatro, el líder incluido.

—Tirad las espadas —les ordenó el Príncipe, caminando lenta y solemnemente como un león que condujera a los hombres hacia el borde del tejado.

El líder maldijo y escupió en el suelo.

—Vincenzo, ocúpate de los demás —le ordenó al hombre que estaba a su lado, señalando los cuerpos y las cabezas que llenaban el tejado. Su sangre negruzca brillaba como alquitrán en la penumbra.

El líder atacó entonces para cubrirle las espaldas a Vincenzo. Pero el Príncipe esquivó sus acometidas y le dio a su acólito una patada en el pecho que lo hizo caer de rodillas, momento que aprovechó para cortarle la cabeza.

A continuación, el Príncipe señaló al líder con la espada.

—Dime a quién debo el placer de vuestra visita antes de que te mate.

El líder agarró el arma con más fuerza.

—Sigues estando en minoría.

—No por mucho tiempo.

El líder saltó entonces del tejado seguido por sus dos compañeros.

El Príncipe los miró con calma.

Aterrizaron sobre el tejado del hotel, listos para la batalla.

El Príncipe miró a su alrededor para asegurarse de que no había otros grupos esperando el momento de atacar.

Luego bajó de un salto, deteniéndose a poca distancia de donde estaban los pocos atacantes que quedaban en pie.

—Dime quién os envía y tal vez os perdone la vida.

El líder y sus dos compañeros se pusieron en fila.

—No necesitamos tu caridad.

—En ese caso, proyecto de asesino, estás muerto.

El Príncipe corrió hacia ellos con la espada apuntando hacia el pecho del líder. Se lo atravesó por la zona del corazón. La herida no lo mató en el acto, pero el hombre cayó al suelo. El Príncipe oyó como el corazón le latía cada vez más despacio.

Los dos hombres se le acercaron por el otro lado, coordinando sus ataques.

El Príncipe tomó la espada del líder y luchó contra ellos simultáneamente con una espada en cada mano.

Esos dos luchadores eran más fuertes que los anteriores. El Príncipe atacó tratando de pincharlos o cortarlos con la espada, obligándolos a adoptar posiciones defensivas.

De repente, soltó la espada que tenía en la mano izquierda y cogió la otra con las dos manos. Dio un salto en el aire y, con un gran grito, blandió el arma con fuerza y cortó el cuello de los dos atacantes.

Los hombres se desplomaron sobre el tejado, y sus cabezas giraron unos instantes en el aire antes de chocar también contra el suelo.

El Príncipe se acercó entonces al líder, aún con su espada en la mano.

—¿Cómo me habéis encontrado?

El hombre maldijo en italiano mientras trataba de taparse la herida sangrante con las dos manos.

El Príncipe le propinó una rápida patada en las costillas. El sonido de los huesos al romperse llenó el aire.

—¡Dímelo!

—¡Larga vida al príncipe de Venecia! —dijo el otro con la respiración entrecortada.

El Príncipe señaló hacia el cielo con la espada.

—Voy a enviarle tu cabeza al príncipe de Venecia con una nota que diga: «La próxima vez, envía un ejército».

Apoyando un pie sobre el pecho del desventurado, levantó la espada y la dejó caer sobre su cuello.

—Ya veo que me he perdido toda la diversión —dijo la voz de una mujer.

El Príncipe alzó la vista y vio a una pelirroja muy conocida que saltaba desde el tejado del hotel hasta la terraza.

La mujer se quedó mirando los cadáveres y las cabezas esparcidas por el suelo con una expresión de asco.

—Ha dejado esto hecho una leonera, señor.

—Aoibhe —la saludó el Príncipe, sin soltar la espada manchada de sangre.

La mujer era casi tan alta como él. Medía metro setenta y cinco. Tenía una larga melena que le llegaba hasta el trasero. La llevaba suelta. Y tenía unos espectaculares ojos castaños que iluminaban su preciosa cara. Aparentaba unos veinte años pero, como es bien sabido, las apariencias engañan.

Tras darle una patada a una de las cabezas, ella se inclinó para examinar sus rasgos.

—No lo reconozco. ¿Es uno de los nuestros?

—Es veneciano —respondió el Príncipe bajando la cabeza para contemplar la carnicería—. Al menos, eso han dicho.

Ella se volvió a mirarlo con interés.

—¿Venecianos? ¿Está seguro?

—No. Yo sólo conozco al círculo más cercano a Marcus. Estos hombres me resultaban totalmente desconocidos.

Aoibhe arrugó la nariz.

—No son salvajes. ¿Cree que son mercenarios?

—Es posible. —El Príncipe colocó la punta de la espada en el suelo y se apoyó en ella pensativo.



—Podría haber dejado con vida a alguno, para interrogarlo —dijo ella con una sonrisa—. Hace tiempo que no disfrutamos de una sesión de tortura en condiciones.

—Dudo que hubiera servido de nada. Para que la tortura hubiera sido efectiva, habríamos tenido que entregárselo a la Curia.

A Aoibhe se le borró la sonrisa de pronto. Miró por encima del hombro y sintió un escalofrío.

—No quiero saber nada de nada de esa panda de monstruos —repuso—. Me estaba ofreciendo para torturarlos personalmente.

El Príncipe le dirigió un amago de sonrisa.

—Bonito gesto. Te lo agradezco.

—¿Buscaban información?

Él señaló los cadáveres y el tejado desde el que habían saltado.

—Diez hombres armados en busca de una persona en concreto. No. Eran aspirantes a asesinos.

Aoibhe sacudió la cabeza contemplando la escena con otros ojos.

—Pues entonces lo raro es que no hayan enviado a más hombres.

El Príncipe enderezó la espalda.

—Tal vez haya más. Avisa a Gregor y a Pierre. Diles que guarden imágenes de las caras de los asaltantes antes de quemar sus cuerpos. Y que se las hagan llegar a Niccolò. Tal vez la red de informadores del servicio de inteligencia pueda descubrir sus identidades.

Aoibhe se inclinó ante él.

—Sí, señor.

—Yo mismo le comunicaré a Christopher el ataque. Haz los preparativos para una reunión del Consilium.

—Como desee, pero ¿le parece realmente necesario? Al fin y al cabo, ya están muertos.

Él le dirigió una mirada implacable.

—Han entrado en mi principado.

—¿Estamos sitiados?

—No pienso esperar para descubrirlo. Esta noche, el Consilium se reunirá para discutir el arte de la guerra. —Los labios del Príncipe se

tensaron en un amago de sonrisa—. Estoy seguro de que a Niccolò le resultará de lo más familiar.

Aoibhe resopló.

—Ese loro pomposo disfruta demasiado oyéndose hablar.

—Es verdad. Hace demasiado tiempo que no tenemos una guerra como es debido. Será bueno para los jóvenes. Y, ya que pienso salir victorioso de la contienda, también será bueno para el principado. —El Príncipe alzó la barbilla—. Ve, Aoibhe. Date prisa.

La pelirroja hizo una nueva reverencia, pero antes de marcharse, se acercó a él con cautela. Alargó la mano para tocarle la manga, pero al ver que él apretaba los dientes y la miraba con dureza, se apartó.

—Me alegro de que esté vivo —susurró, y los ojos se le oscurecieron por un instante.

El Príncipe asintió con sequedad.

Con una sonrisa discreta, Aoibhe se volvió y escaló hasta el tejado del hotel antes de volver a desaparecer en la noche.

Mientras el Príncipe se ajustaba los gemelos de la camisa y volvía a contemplar la carnicería a sus pies, se olvidó de sus planes en relación con los Emerson y sus preciosas ilustraciones. Un insulto personal era intolerable, pero un asalto al principado siempre tenía prioridad.

El profesor y su esposa podían esperar. Ahora su mente estaba concentrada en una venganza de carácter político.

—Se inicia la reunión del Consilium. —Lorenzo, el lugarteniente del Príncipe, golpeó el suelo de piedra con la vara ceremonial. El eco del sonido se extendió por la gran sala subterránea.

No había electricidad en el submundo florentino, ni siquiera en el gran salón que constituía su centro. El espacio se iluminaba con antorchas colocadas en grandes candeleros de pared y con enormes cirios situados sobre pesados candelabros de hierro forjado de dos metros de alto.

En el principado de Florencia no había más que un gobernante. Sin embargo, unos cuantos siglos atrás, el Príncipe había establecido un consejo de seis miembros que se ocupaban de varios asuntos de Estado.

(No obstante, el Príncipe no acababa de fiarse de ninguno de ellos.)

El Consilium, que incluía a Lorenzo y a Aoibhe, había sido convocado unas cuantas horas antes del amanecer. Sus miembros estaban sentados en altas sillas de madera tapizadas en terciopelo rojo, a la espera de que llegara el Príncipe.

Cuando éste entró en la sala, todos se pusieron en pie.

El Príncipe avanzó por el pasillo central, seguido por su larga capa negra.

Los miembros del consejo se inclinaron respetuosamente ante él mientras se acercaba.

El Príncipe de Florencia era respetado y temido por igual. Era respetado porque, bajo su mandato, sus ciudadanos habían disfrutado de un período de paz y prosperidad. Su estilo de vida era excelente. Pero también era temido porque era poderoso, peligroso, y todos sabían que era capaz de cualquier cosa para conservar el mandato de la ciudad.

Llevaba siglos gobernando Florencia, y con el tiempo había aprendido

que no podía fiarse de nadie, ni siquiera de Lorenzo, su lugarteniente. El principado era muy codiciado, y casi todos sus ciudadanos albergaban el secreto deseo de gobernarlo.

Ahora, además, acababa de ser víctima de un intento de asesinato por parte de un poder extranjero. Aunque el líder de los invasores había mencionado Venecia, el Príncipe estaba seguro de que entre sus ciudadanos había traidores que habían ayudado al enemigo a entrar.

Mientras ascendía a la plataforma y se sentaba en el trono dorado entre dos candelabros de pie, su expresión era amenazadora.

—La seguridad de nuestro principado ha sido violada. Christopher de Canterbury, la seguridad es responsabilidad tuya. ¿Qué tienes que decir al respecto? —dijo el Príncipe dirigiéndose al Consilium en italiano, como era su costumbre.

Un inglés con los ojos tan castaños como su pelo se aproximó al trono. Tenía el cuerpo muy tenso, sobre todo los hombros.

Se arrodilló ante el Príncipe antes de empezar a hablar:

—Lo siento, señor. Pero cuando conozca las circunstancias creo que estará de acuerdo en que nuestras patrullas actuaron con valentía.

El Príncipe lo miró impasible y en silencio.

Christopher se aclaró la garganta.

—Una tropa atacó a una de nuestras patrullas en el este —prosiguió—. Aunque estaban en inferioridad de condiciones, lucharon valientemente y eliminaron a media docena de atacantes. Por desgracia, fueron aniquilados antes de que pudieran dar la voz de alarma.

»Otra patrulla acudió al lugar de los hechos poco después. Alertamos a los ciudadanos, reunimos una tropa y estábamos buscando a los invasores cuando lo atacaron.

Christopher volvió a hacer una reverencia, tratando de que no se le escapara la risa.

—Discúlpeme, señor, pero no parece que haya tenido mucho problema librándose de la tropa usted solo.

Si Christopher pensaba que su edad o su hoja de servicios le daban derecho a bromear con el intento de asesinato, estaba muy equivocado.

El Príncipe gruñó.

—Y ¿qué pasa con el perímetro? ¿Qué ha ocurrido con las cámaras de seguridad y las alarmas?

Christopher titubeó.

—Hay un estrecho pasillo al este del perímetro que no queda cubierto por los sensores. Los invasores cruzaron la frontera por ese punto.

—Y ¿por qué yo no estaba informado de eso? —preguntó el Príncipe, bajando la voz hasta convertirla en un susurro.

La actitud de Christopher cambió de pronto.

—Señor, el pasillo del que hablo tiene la anchura justa para que pase un hombre. Los asaltantes sabían exactamente dónde estaba, y debieron de entrar en fila india.

—Explícame cómo podía saber eso alguien de fuera del principado.

Christopher apoyó el peso de su cuerpo en el otro pie.

—Alguien debió de contárselo.

El Príncipe le dirigió una mirada severa.

Christopher bajó los ojos al suelo como si, por hacer eso, fuera a librarse de la ira de su señor.

Finalmente, el Príncipe habló:

—¿Cuántos hombres entraron en la ciudad?

—Catorce, señor. No ha habido ningún otro asalto.

—A mí me atacaron diez.

Christopher asintió incómodo.

—¿Debo sacarte la información con cuentagotas? ¿Dónde están los otros cuatro? —exigió saber el Príncipe.

—Se separaron del resto al llegar al centro de la ciudad, probablemente con la idea de rodearlo, señor. Nuestros hombres los localizaron y pudieron abatir a tres de ellos.

El Príncipe no replicó, y el silencio en la sala del consejo se hizo atronador.

—Parece que se te ha escapado uno.

Christopher empezó a hablar atropelladamente, tratando de explicarse:

—Estamos usando todos los recursos a nuestro alcance para

encontrarlo. Le prometo, mi Príncipe, que...

Pero el Príncipe ya había oído bastante. Se levantó y se quitó la capa. Tras doblarla y dejarla cuidadosamente sobre uno de los reposabrazos del trono, se volvió hacia su jefe de seguridad.

—Christopher de Canterbury, se te encomendó la seguridad del principado de Florencia. Pero en el perímetro había un resquicio que nuestros enemigos descubrieron y aprovecharon. Tú estabas al corriente de ello y no hiciste nada por corregirlo.

»Has permitido que una fuerza invasora rompiera las defensas de la ciudad y me atacara. Y, además, has dejado escapar a uno de los invasores. Podría estar en cualquier lugar, planeando un nuevo ataque o actos de sabotaje. Y probablemente haya logrado enviar información a nuestros enemigos.

»Has fallado en tus obligaciones. Y tu fracaso ha dejado al descubierto una brecha en la seguridad. Al parecer, o tú o alguien bajo tu supervisión ha vendido secretos del principado.

»Te declaro culpable de traición. Arrodíllate.

Christopher dio dos pasos hacia atrás y gruñó.

—Le he servido lealmente durante doscientos años —repuso.

El Príncipe ni siquiera pestañeó. Permaneció inmóvil, con la expresión cuidadosamente controlada, esperando a que obedeciera sus órdenes.

Christopher trató de establecer contacto visual con sus colegas, buscando un aliado con desesperación.

—¿Es que nadie me va a defender?

Los miembros del Consilium permanecieron en silencio, evitando la mirada de Christopher y manteniendo los ojos fijos en el Príncipe.

Christopher se acercó a la única mujer del consejo.

—Aoibhe, ¿tampoco tú vas a ayudarme? Somos casi paisanos.

Los ojos de la pelirroja se iluminaron y su rostro se transformó en una mueca despectiva.

—Soy irlandesa, perro —replicó—. No eres paisano mío.

Como si quisiera acentuar su odio —y de paso su lealtad al Príncipe—, escupió a los pies de Christopher.

Él retrocedió sorprendido. Cuando se recuperó, se movió hacia el miembro del consejo sentado a la izquierda de Aoibhe.

—¿Niccolò?

El florentino negó con la cabeza.

—Citando a alguien sabio —dijo—: «Si vas a castigar a alguien, asegúrate de que el castigo sea lo bastante severo como para que no tengas que temer su venganza».

Christopher murmuró entre dientes con desdén y, volviéndose hacia el Príncipe, alzó los brazos.

—¿No se me va a conceder un juicio?

El dirigente lo miró con frialdad.

—Creo que estás confundiendo este principado con una democracia. Aquí yo soy juez y jurado. Y, ahora, arrodíllate.

—Señor, permítame investigar. Déjeme encontrar al invasor.

El Príncipe buscó con la mirada a los dos hombres que se sentaban a su izquierda.

—Maximilian, Pierre.

Los dos miembros del consejo dieron unos pasos hacia adelante, pero Christopher siguió hablando con el Príncipe.

—He servido al principado durante mucho tiempo y lo he hecho bien. Fue idea mía la de implantar los sistemas de seguridad. Esto... esto no es justicia.

El Príncipe hizo una inclinación de cabeza en dirección a los hombres que flanqueaban al acusado.

Estaban a punto de agarrarlo entre los dos cuando Christopher le dio un empujón a Pierre y echó a correr hacia la salida.

Con una velocidad que lo volvía casi invisible, el Príncipe lo adelantó y se plantó frente a la puerta.

Mientras Christopher se detenía bruscamente, su señor alzó la mano.

—Sin seguridad, este principado desaparecería, así que, además de ser un incompetente, estás equivocado: esto es justicia.

El Príncipe señaló el suelo de piedra.

—No volveré a repetírtelo.

—Misericordia —susurró Christopher.

—No conozco esa palabra.

El Príncipe se tomó un segundo para mirar hacia el resto de los miembros del Consilium, como si quisiera asegurarse de que estaban observando.

Christopher abrió la boca, tal vez para protestar, pero el Príncipe le puso una mano en el hombro y lo obligó a arrodillarse.

Con una mirada de furia controlada, le separó la cabeza del cuerpo y la lanzó al otro extremo de la sala antes de que el otro pudiera pronunciar ni una sola sílaba más.

Luego pasó sobre el cuerpo descabezado con una expresión de asco.

—Pierre, llama a Gregor para que se ocupe de sacar la basura —ordenó.

El aludido hizo una reverencia y salió corriendo al pasillo.

Cuando hubieron retirado la cabeza y el cuerpo y hubieron limpiado la sangre del suelo, el Consilium reanudó la reunión.

El Príncipe se dirigió a su lugarteniente desde el trono.

—Lorenzo, por favor, informa a Ibarra de los Euskaldunak que ha sido ascendido a jefe de seguridad y que deberá acudir a las reuniones del Consilium. Espero que lo pongas al día y que esté listo para reunirse conmigo dentro de dos horas. Su primera misión será descubrir quién vendió los secretos de nuestros sistemas de seguridad a los invasores.

El lugarteniente hizo una reverencia frunciendo el ceño.

—Como desee, Príncipe. ¿Quiere que espere a que acabe la reunión?

—No. Quiero que pongas al día a Ibarra inmediatamente. —El tono del Príncipe era una clara advertencia de que no iba a admitir más interrupciones—. Y asegúrate de que nadie más que él conozca el motivo de esta reunión.

Si Lorenzo estaba disgustado, lo ocultó con maestría y se despidió con una profunda reverencia antes de retirarse.

Los miembros del Consilium que seguían en la sala murmuraron entre sí, pero no se atrevieron a criticar abiertamente al Príncipe la elección que había hecho para reemplazar a Christopher.



Aoibhe había disimulado una sonrisa al oír el nombre de Ibarra, mientras que la expresión de Maximilian se había ensombrecido. La de Niccolò era casi imposible de descifrar, como de costumbre.

El Príncipe le indicó con un gesto que se levantara.

—Niccolò, ¿hubo algún aviso de nuestros espías sobre un ataque?

—No, señor. Nuestra relación con los venecianos nunca ha sido fácil, pero últimamente no ha llegado ningún aviso de ataque. Ni por parte de los espías que tenemos infiltrados en Venecia ni de nadie más.

—Ordena a los espías que descubran quién está detrás de la incursión. Tal vez no fueran los venecianos después de todo. ¿Has identificado a alguno de los atacantes? —preguntó el Príncipe con un hilo de optimismo.

Sabía tan bien como los demás que el registro de imágenes de los de su especie era muy escaso. Era muy improbable que encontraran las imágenes de los asesinos en su limitada base de datos.

—Me temo que no hemos sido capaces de identificarlos, señor. Y eso que nuestros espías nos hicieron llegar fotografías de los hombres del círculo más cercano a Marcus. Ninguno de los que asaltaron la frontera coincide con las imágenes. Sin embargo, hemos descubierto otra cosa.

—Espero que sean buenas noticias, Niccolò.

El jefe del servicio de inteligencia reaccionó con nerviosismo ante el tono de voz del Príncipe.

—Son noticias potencialmente buenas. Las espadas que llevaban los asaltantes son de estilo veneciano con la empuñadura en forma de cruz, como las que se usaban en la Edad Media. No es suficiente para demostrar que los que las llevaban eran venecianos, pero es una coincidencia interesante.

—Trata de encontrar algo más contundente que una coincidencia. Quiero que la persona o personas que están detrás de los ataques sean identificadas de inmediato.

»Coordínate con nuestro nuevo jefe de seguridad y con la red de espionaje de Pierre. Dudo que aporten nada de valor, pero nunca se sabe.

Niccolò se arrodilló ante él.

—Por supuesto, señor.

El Príncipe se volvió entonces hacia el miembro más grande del consejo. Un hombre corpulento como un oso, de pelo largo, barba poblada y unos penetrantes ojos azules.

—Maximilian, ocúpate de que reemplacen a los hombres muertos, y ayuda a Ibarra a reclutar a nuevos hombres para las patrullas.

—Sí, señor —respondió el gigantón, inclinándose. Su italiano tenía un marcado acento prusiano.

—Luego debemos discutir cómo vamos a responder a la agresión.

Los miembros del Consilium intercambiaron miradas.

El Príncipe siguió hablando.

—Nos han atacado sin ningún tipo de provocación. Han liquidado a una de nuestras patrullas y han entrado en nuestro territorio, probablemente después de haber comprado información sobre nuestros sistemas de seguridad. Además, no contentos con eso, han tratado de asesinarme. Cada uno de estos actos se merece una respuesta contundente. Debemos prepararnos para la guerra.

Una vez más, los miembros del Consilium murmuraron entre sí.

El Príncipe clavó los ojos en Niccolò.

—Envía un mensaje a Venecia, a través de nuestros espías, que diga que la misión ha sido un éxito. Que el espía lleve una de las espadas y que entregue el mensaje de parte de Vincenzo; es el nombre de uno de los asaltantes que maté. Pero no filtres detalles sobre la naturaleza de la misión, ni siquiera al espía.

Aoibhe reaccionó inmediatamente.

—Con todo el respeto, señor. Estará informando a nuestros enemigos de que está muerto.

—Precisamente —replicó el Príncipe sin inmutarse.

Maximilian fue el único miembro del consejo que respondió a la orden con una sonrisa.

Niccolò, en cambio, estaba muy serio.

—Señor, incluso aunque los venecianos no estuvieran detrás del ataque, si se corre la voz de que está usted muerto, intentarán anexionarse nuestros territorios.

El Príncipe se echó hacia adelante en el trono.

—Si nuestro espía no conoce la naturaleza de la misión, no podrá confesarla bajo tortura. Los venecianos sólo se creerán que estoy muerto si están detrás del ataque. Y, si no lo están, la red de inteligencia tiene que identificar a los verdaderos culpables antes de que hagan otra incursión — añadió con una mirada cargada de intención dirigida a Niccolò.

El cuerpo de su subalterno se tensó y echó una mirada de reojo hacia el lugar donde su colega acababa de perder la cabeza.

El Príncipe miró entonces a los miembros del consejo uno a uno.

—Hay un intruso escondido en la ciudad. Es posible que ya haya descubierto que sus compañeros han fracasado y que haya informado a Marcus. Esperemos que no sea así.

La expresión de Niccolò se ensombreció aún más.

—Señor, si los venecianos sospechan que está muerto, las noticias correrán como la pólvora. Recibiremos incursiones de todos los principados vecinos.

—No si creen que tú te has hecho con el control del principado y has reunido un gran ejército.

Niccolò hizo una profunda reverencia, tratando desesperadamente de contener su entusiasmo.

—Es un gran honor, aunque sea de broma. Y ¿qué pasa con Lorenzo?

—Para Lorenzo tengo otros planes. —El Príncipe apoyó las manos en los reposabrazos del trono—. Pero te lo advierto, Niccolò: serás príncipe sólo de nombre. Si haces el más mínimo intento de usurpar el poder, tu cabeza rodará por el suelo. ¿Queda claro?

Niccolò se humilló ante el Príncipe, tal como se esperaba de él.

—Sí, señor. Su confianza me abruma.

—Siempre he admirado tu inteligencia, incluso cuando eras humano. Nuestros rivales conocen tu fama y te temerán. Pero yo te conozco lo suficiente para saber que eres lo bastante prudente como para mantenerte fiel a tu papel hasta que esto haya acabado, sin ceder a delirios de grandeza. Lamentaría estar equivocado.

—Renuevo mis votos de lealtad al principado y a su príncipe.

—Excelente. —Su señor asintió, dándole permiso para retirarse.

—Hasta que encontremos al intruso que falta, nadie debe saber que he sobrevivido al intento de asesinato. Que esto no salga del Consilium — añadió el Príncipe con una mirada de advertencia a todos los presentes.

»Me esconderé mientras tú, Niccolò, finges ocupar el control del principado. Haz correr la voz de que tu ejército está listo para el combate por si alguien decidiera atacarnos.

El aludido titubeó.

—Y ¿qué pasa con el Romano, señor? Si causamos un conflicto armado en la región, montará en cólera. Y no le hará ninguna gracia este engaño.

—Enviaré a Lorenzo inmediatamente a hablar con él para que le comunique nuestra estrategia. Tal vez el Romano quiera intervenir, aunque lo dudo. Es partidario de que los principados resuelvan sus conflictos entre sí. Y eso es precisamente lo que estoy haciendo.

El Príncipe se volvió entonces hacia el resto del Consilium.

—Mientras esperamos a ver cuál es la reacción de los venecianos, comenzaremos los preparativos para la guerra.

—¿Y nuestros aliados, señor? —preguntó Aoibhe tras levantarse y hacer una reverencia.

—¿Para qué los necesitamos? —interrumpió Maximilian poniéndose a su vez en pie.

El Príncipe ignoró su interrupción.

—No necesitamos aliados para luchar contra el príncipe de Venecia. Es débil y arrogante. Nuestros aliados serán la astucia y nuestras fuerzas, que son superiores a las suyas.

—Y ¿qué pasará si no son los venecianos quienes están detrás del asalto? —insistió Aoibhe.

—En ese caso, más le vale al nuevo jefe de seguridad asegurarse de que nuestra red de espionaje descubre quién es el responsable. O necesitaremos encontrar nuevos miembros para el Consilium —replicó el Príncipe con dureza.

Todos los presentes se levantaron y se inclinaron ante el Príncipe

mientras él se alejaba pasillo abajo y desaparecía por la puerta de doble hoja que daba al pasillo. No obstante, en cuanto su señor hubo desaparecido, los miembros del consejo se reunieron en un corrillo y empezaron a murmurar.

—¿Qué se siente estando muerto, señor? —le preguntó Aoibhe en inglés mientras entraba en sus aposentos privados cerca de la sala del consejo.

El Príncipe estaba sentado en un alto sillón orejero, ojeando un libro de Maquiavelo encuadernado en piel y escuchando música medieval, que le resultaba relajante.

—Creo que la pregunta adecuada sería qué se siente estando muerto otra vez.

Aoibhe se echó a reír.

—Hay muchos tipos de muerte. La más pequeña de todas es mi favorita —replicó ella al tiempo que le dirigía una mirada ardiente.

Él alzó las cejas, pero no dijo nada.

—Veo que aún no se ha ocultado del mundo —continuó diciendo Aoibhe, contemplando con admiración los aposentos lujosamente decorados.

—Deseaba recoger algunas cosas. —El Príncipe señaló un montón de libros y un par de manuscritos que había dejado en una mesa cercana.

—¿Cuándo fue la última vez que se alimentó, señor?

—¿Por qué?

—Le he conseguido alimento, señor. Alguien muy hermoso.

—Qué raro me parece —comentó el Príncipe entornando los ojos—. ¿A qué debo el honor de tu generosidad?

—Me alegro de que siga con vida.

El Príncipe la examinó durante unos momentos.

Era hermosa, fuerte y muy ambiciosa. Se preguntó si le habría sentado mal que hubiera ascendido a Niccolò. Era evidente que quería algo, pero aún no era capaz de discernir de qué se trataba.

—Gracias, Aoibhe, pero ahora tengo que planificar una guerra.

Ella señaló hacia el libro que tenía en las manos.

—Como ha dicho antes, Niccolò es un auténtico maestro en el arte de la guerra. Además, ahora está muerto.

El Príncipe dejó escapar el aire con impaciencia.

—¿Qué quieres, Aoibhe?

La pelirroja se acercó hasta él.

—Quiero darle un regalo. Y quiero acostarme con usted después de que se haya alimentado.

Aoibhe le apoyó la mano en la manga.

Él bajó la vista hasta su mano.

—Hace tiempo que no copulamos. ¿A qué viene este repentino interés?

—No es repentino, señor. Sabe que es mi amante favorito. Y yo siempre estoy disponible para su placer —añadió ella, acercándose aún más.

Al ver que el Príncipe permanecía impasible, Aoibhe pegó sus labios a los de él.

—Es joven y fresca y está a punto para ser hollada —dijo.

—¿Es así como lo llaman hoy en día? —preguntó él con una sonrisa irónica.

—Creo que los jovencuelos usan otra palabra que rima con *hollar*. Me sorprende que no la haya oído.

Tras hacer una reverencia, Aoibhe se retiró y cerró la puerta cuidadosamente, aunque regresó poco después, acompañada de una joven humana de fragancia suave y dulce. Llevaba una falda y una blusa veraniega y tenía los ojos vendados. Por su modo de moverse y por la forma en que Aoibhe le susurraba al oído, el Príncipe supuso que la controlaba mentalmente.

Cerró los ojos y aspiró hondo.

—¿Una virgen? Pensaba que ya no quedaba ninguna en Florencia —comentó él, mirando a Aoibhe con incredulidad.

—Pues, al parecer, se equivocaba. Entró en el club Teatro por voluntad propia.

—¿Cuántos años tiene?

—Ya es mayor de edad, señor, como puede comprobar —respondió Aoibhe con los ojos brillantes—. No he olvidado sus prohibiciones.

El Príncipe se tomó un momento para examinar a la joven a la temblorosa luz de las velas. Su cabello, que le caía hasta los hombros en una melena ondulada de color miel, tenía un aspecto sedoso. Su piel aceitunada era perfecta, y su figura, aunque esbelta, era decididamente femenina.

Su aroma era delicioso.

Los ojos del Príncipe se movieron entre la joven y Aoibhe.

Podía alimentarse de la mujer y tal vez deleitarse fornicando con ella. Y luego podría acostarse con Aoibhe el resto del día. El sexo entre miembros de su especie era explosivo, y hacía bastante tiempo que no...

Recordó a los Emerson y el apasionado y afectuoso encuentro que había presenciado en los Uffizi. Recordó la cara de Julianne y su risa feliz.

El verde espectro de los celos levantó su espantosa cabeza.

Miró a la joven y se fijó en su expresión vacía y en su boca, que no sonreía. De repente, la virgen de Aoibhe perdió todo su atractivo.

—Tu ofrecimiento es muy generoso, pero debo declinarlo.

—Podríamos alimentarnos los dos de ella. O podría mirar cómo lo hago yo. —Aoibhe le acarició la mejilla a la muchacha antes de inclinarse hacia ella para besarla.

El Príncipe observó cómo las dos hembras se besaban sin disimular la fascinación que sentía, pero ya había tomado una decisión.

Se aclaró la garganta.

—No estoy de humor para distracciones. Alguien ha vendido secretos sobre la seguridad del principado a nuestros enemigos y ha colaborado con ellos para matarme.

Aoibhe le dio un beso en los labios a la joven antes de rodearle la cintura con un brazo y apoyarle la cabeza en su hombro.

—Precisamente por eso necesita una distracción, señor. Tiene que alimentar el cuerpo y liberar tensiones para tener la mente clara.

—Pronto, tal vez —replicó él mirándola fijamente—. Pero ahora no.



—Mire qué bonita es. Es tentadora. —Aoibhe desabrochó los botones de la blusa de la joven, dejándole los pechos al descubierto—. Nadie la ha tocado hasta hoy.

El Príncipe disfrutó con la visión de los senos perfectos de la mujer antes de que Aoibhe volviera a abrazarla una vez más y le besara el cuello.

Inexplicablemente, su señor sintió rabia.

—¡Ya basta! Te he dicho que no —espetó con agresividad—. Ve a desplegar tus armas de seducción a otro lado. No estoy de humor para eso esta noche.

Aoibhe se quedó muy sorprendida. Lo miró con los ojos muy abiertos, como si no hubiera esperado esa reacción.

—Como desee, señor. —Se inclinó ante él en señal de sumisión y volvió a cubrir el pecho de la joven—. Estaremos en mi casa por si cambia de opinión.

El Príncipe respondió con un gruñido. Al oírlo, Aoibhe tiró de su joven pupila y la hizo salir de los aposentos antes de cerrar la puerta tan rápidamente como pudo.

Con una retahíla de maldiciones e insultos en latín, el Príncipe lanzó el libro que estaba leyendo al otro extremo de la habitación.

—Creo que ésta es la cama más cómoda del mundo —suspiró Julianne mientras contemplaba las estrellas.

Era la tarde del día después de la inauguración de la exposición en los Uffizi. Su esposo y ella estaban reclinados en un gran banco que servía de cama situado en la terraza de la habitación, en el ático del hotel.

—Pues yo creo que la cama de dentro es mucho más cómoda —protestó el profesor señalando las puertas que llevaban a la habitación antes de tumbarse junto a su esposa—. Aquí estamos demasiado expuestos —añadió apoyándole con delicadeza una mano en el vientre.

Ella se volvió hacia él y lo miró a los ojos.

—¿Expuestos? Antes nunca te preocupabas por esas cosas. Hemos hecho el amor aquí más de una vez.

La reacción de Gabriel despertó las sospechas de Julia.

—¿Qué te pasa? —le preguntó apoyando una mano sobre la de él y apretándola con suavidad.

El profesor levantó la vista al cielo y tardó unos segundos en examinar su entorno, deteniéndose al llegar al tejado.

—Hay algo en el ambiente. No sé lo que es, pero resulta... inquietante.

Julianne se echó a reír y se volvió hacia él hasta que sus cuerpos entraron en contacto.

—Lo que notas es que va a llover. Eso es todo.

Gabriel negó con la cabeza y, una vez más, sus ojos se dirigieron al tejado. Desde donde estaban, no podía verlo bien.

(Además, aunque lo hubiera visto, el rastro de lo sucedido había sido eliminado con sumo cuidado.)

—¿Crees que uno puede sentir la oscuridad?

Julianne arqueó sus delicadas cejas.

—¿Me lo preguntas a mí o es una pregunta general?

Los ojos de Gabriel, de color azul zafiro, la miraron fijamente.

—Las dos cosas.

—No lo sé. Cuando he sentido la oscuridad en el pasado, es que ya había pasado algo malo.

Él musitó una maldición y la abrazó con fuerza.

—Querido. —Julianne alzó la mano y le acarició la mejilla—. Sé que hay algo que te preocupa. Has estado inquieto desde que llegamos a Umbría. Pero no puedes rendirte a la oscuridad. Tienes que luchar con rabia contra la agonía de la luz.

Él le dirigió un amago de sonrisa.

—Una referencia indirecta a Dylan Thomas.

—Que ha reconocido usted enseguida, Profesor —repuso ella acariciándole la mandíbula, cubierta con barba de pocas horas.

—Hay algo inquietante... —repitió Gabriel, dejando la frase inacabada.

—Pues deja que te tranquilice. Esta terraza es para nosotros solos, igual que este mullido banco.

Julia lo tentó con sus besos, provocándolo con la lengua.

—Hazme el amor bajo las estrellas, Gabriel —susurró.

Él le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Te daría todo lo que me pidieras sólo por verte sonreír. Pero, esta noche, deja que te haga el amor en un sitio cubierto.

Julia abrió la boca para protestar, pero él insistió mirándola con seriedad.

—Por favor.

Ella volvió a besarlo y luego lo tomó de la mano y tiró de él en dirección al dormitorio.

Gabriel cerró las puertas a su espalda y corrió las cortinas. Luego encendió velas por toda la habitación.

Julia se metió en uno de los baños para ponerse algo seductor.

No siempre ponían música de fondo para hacer el amor. A menudo, el

impulso los sorprendía de manera espontánea. Pero esa noche Gabriel eligió la lista de reproducción que habían escuchado la primera vez que viajaron a Florencia juntos, cuando Julianne le entregó su virginidad.

La suave voz de Matthew Barber inundó el aire mientras ella se contemplaba en el espejo. Había elegido un camisón largo de seda negra. Tenía una raja en un costado que dejaba al descubierto una atractiva pierna. Unas medias negras que llegaban hasta medio muslo completaban el conjunto.

Antes de salir del baño, se puso un par de zapatos negros de tacón de aguja, porque sabía lo mucho que a su marido le gustaban.

Gabriel estaba reclinado en la cama. Se había quitado la camisa y llevaba tan sólo unos vaqueros gastados.

Julia se entretuvo un momento admirando su cuerpo atlético; los pectorales y abdominales bien definidos; la ligera capa de vello que le cubría el pecho y los bíceps que se flexionaron cuando se sentó.

—He aquí un ángel que ha descendido a la Tierra —susurró él con los ojos encendidos por la luz del fuego erótico.

La mirada de Gabriel se paseó desde los ojos de Julia hasta su pelo. De allí descendió por todo su cuerpo, deteniéndose para admirar las piernas enfundadas en las medias antes de llegar a los zapatos.

El profesor se pasó la lengua por sus labios perfectos.

Ella se echó la melena hacia atrás.

—He ido de compras. ¿Te gusta?

Los ojos de Gabriel llamearon mientras se levantaba.

Se acercó a ella y, tomándole la cara entre las manos, acercó los labios a los de su esposa para darle un beso ardiente.

—La palabra *gustar* se queda muy corta —repuso.

A continuación, se dejó caer de rodillas ante ella. Agarrándola por las nalgas, la atrajo hacia sí y le plantó un beso sobre la seda negra del camisón, a la altura del ombligo.

—Estás impresionante. Me has dejado sin aliento —murmuró mirando hacia arriba—, pero estoy deseando quitártelo.

Ella hundió los dedos en el oscuro pelo despeinado de Gabriel y se

inclinó para darle un beso en la frente.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, señora Emerson.

Gabriel le acarició el tobillo antes de deslizar la mano muslo arriba hasta alcanzar el elástico de las medias. Acarició el encaje antes de empezar a quitarle la primera con tanta parsimonia que resultaba desesperante. Cuando se la hubo quitado del todo, volvió a ponerle el zapato.

Mientras repetía el proceso con la otra pierna, Julia le apoyó una mano en el hombro.

—¿Te hago perder el equilibrio? —preguntó él guiñándole el ojo.

Ella le acarició suavemente la mejilla.

—En algunas culturas serías adorado como un dios. En vez de eso, eres mi esposo y estás arrodillado a mis pies.

Gabriel dejó de acariciarla por un instante al fijarse en el anillo de casado que llevaba en la mano izquierda. Alzó la mano y contempló fascinado cómo la luz de las velas se reflejaba en la superficie lisa de platino.

—Deseo adorarte. No hay nada que anhele más.

Julia le tomó la mano y le besó el anillo.

—Y yo anhelo ser adorada por ti.

Un segundo más tarde, Gabriel estaba de pie y ella estaba entre sus brazos. Sus bocas se habían fundido en un beso. Sin dejar de besarla, la levantó en brazos y la llevó a la cama.

Ninguno de los dos volvió a hablar mientras él le quitaba el camisón y el diminuto trozo de tela de encaje que hacía las veces de ropa interior. La besó desde la parte superior de los muslos hasta llegar a los zapatos de tacón.

Luego se quitó la ropa hasta quedar tan desnudo como ella, y pronto ambos cuerpos se entrelazaron en el centro de la espaciosa cama blanca.

Gabriel apoyó una mano en la cadera de su esposa mientras adoraba su cuello, besando su piel suave y perfecta.

Ella lo agarró por las nalgas, animándolo a acercarse más, y él

obedeció la orden silenciosa y la penetró ágilmente.

Ella reaccionó con un grito.

—¿Julianne? —Gabriel se apoyó en un brazo y vio que tenía el rostro contraído y los ojos cerrados en una mueca de dolor.

Se retiró de su interior de inmediato.

—¿Qué ha pasado? —preguntó asustado—. ¿Estás bien?

Ella respiró hondo.

—Estoy bien. No sé qué ha pasado.

Gabriel frunció mucho las cejas.

—Lo siento.

Julia se llevó la mano al vientre y palpó la zona.

Gabriel se sentó sobre sus rodillas y la observó con preocupación.

—Pensaba que estabas lista. Perdóname.

Ella le dirigió una lánguida sonrisa.

—No hay nada que perdonar. Yo te he invitado a entrar. No estoy segura de cuál ha sido el problema.

Él se tumbó a su lado y la abrazó, aunque todavía estaba tenso.

La besó en la frente y cerró los ojos antes de descansar la cabeza sobre la almohada. Su cara mostraba el disgusto que le causaba haberle hecho daño.

Julia buscó su mano y entrelazó los dedos con los suyos.

—Seguro que ha sido por el ángulo. Podemos continuar.

Él apretó los dientes y negó con la cabeza.

Dirigiendo sus manos unidas hacia su sexo, Julia lo animó a tocarla.

Poco después, Gabriel empezó a acariciarla con un solo dedo.

El cuerpo de su esposa respondió al instante, pero él dedicó más tiempo del habitual para excitarla y lograr que su cuerpo se abriera por completo.

Julia le rodeó el torso con los brazos y lo animó a ponerse sobre ella.

Cuando volvió a animarlo para que penetrara en su interior, él lo hizo, observando su rostro de cerca para detectar cualquier molestia.

—¿Mejor? —susurró.

—Un poco —respondió ella.

—No lo entiendo. —Gabriel le apoyó la mano en la cadera y la miró fijamente.

Julia cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, le sonrió. Era una sonrisa sincera, no de compromiso.

—Ya está —dijo—. Ya no me duele.

La expresión de Gabriel se ensombreció.

—Algo va mal.

—No te preocupes. Sólo era el ángulo. Ya no me duele.

Para demostrarle que era sincera, flexionó sus músculos internos, abrazándolo con intimidad.

Él soltó un gruñido.

—Nunca te ha dolido nada mientras hacíamos el amor. —Gabriel apoyó una mano en la almohada y agachó la cabeza hasta que las frentes de ambos se tocaron—. Tienes que ir al médico.

—Estoy bien —insistió ella con los ojos brillantes.

A continuación, lo atrajo hacia sí tirando de sus hombros hasta que sus cuerpos estuvieron pegados. Luego alzó las caderas, provocándolo.

Gabriel empezó a moverse, concentrado por completo en darle placer.

Se amaron a un ritmo lento hasta que el deseo que sentían el uno por el otro se desbocó.

Él se clavó más profundamente en su interior y Julia lo animó, agarrándolo por las nalgas y susurrándole al oído. Le gustaba notar su peso encima, y suspiró en el hueco que quedaba debajo de su nuez.

—No hay nada mejor que esto. —Julia le besó el cuello—. Por un momento he vislumbrado la trascendencia.

Gabriel la abrazó con fuerza, incapaz de encontrar palabras adecuadas para responderle.

Más tarde, mientras ella dormía apoyada en su pecho, Gabriel elevó una oración en la oscuridad, pidiéndole a Dios que protegiera a su preciosa Beatriz y que la librara de todo mal.

—Tengo novedades, señor. —Niccolò entró en los aposentos privados del palazzo Riccardi una semana después del intento de asesinato.

A diferencia de la villa enclavada en las colinas, el *palazzo* estaba situado a poca distancia del Duomo, en pleno centro de Florencia. No estaba protegido por guardias, lo que significaba que cualquiera de su especie podía entrar en el edificio. El Príncipe había elegido alojarse allí en vez de en la casa señorial para poder reunirse con los miembros del Consilium personalmente y controlar las operaciones de la inminente guerra.

Estaba sentado tras su escritorio, leyendo. Con un gesto de la cabeza le indicó al jefe del servicio de inteligencia que se sentara.

—Procede.

—Acabamos de recibir un mensaje urgente de nuestros agentes en Venecia. Nuestro espía logró que el príncipe Marcus lo recibiera en audiencia. Le entregó la espada y el mensaje, tal como usted ordenó. Marcus informó de inmediato de su muerte a su círculo más cercano.

—Así que, efectivamente, fueron los venecianos.

—Sí, señor. Al parecer, Marcus en persona estaba detrás del intento de asesinato.

Los ojos grises del Príncipe brillaron como el acero.

—¿Y?

—Uno de los consejeros de Marcus se preguntó por qué la noticia les llegaba a través de un mensajero y no por boca del propio Vincenzo. El espía respondió lo que usted ordenó, y Marcus se dio por satisfecho. Al parecer, el príncipe de Venecia se apresura a dar por buenas las noticias que le gusta escuchar.



—Eso parece. —El Príncipe se acarició la barbilla pensativo—. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que ataquen?

—No está claro del todo. Nuestros agentes dicen que Marcus no ha hecho pública la noticia de su muerte. Al parecer, no quiere competir con otros principados por su territorio.

—Una actitud muy sabia. ¿Nuestros agentes en Venecia han obtenido alguna información sobre posibles espías infiltrados en Florencia?

—Según nuestros agentes, los venecianos no han podido infiltrar a ningún hombre en nuestro principado.

—No les ha hecho falta. Uno de los nuestros le vendió a Marcus los secretos de nuestro sistema de seguridad. Quiero que encuentres al traidor, Niccolò —ordenó el Príncipe. Su tono era amenazador.

—Por supuesto, mi señor. Ibarra ha reducido la lista de sospechosos a Christopher y a algunos de sus colaboradores más cercanos. De hecho, nadie más tenía acceso a los planos.

—Sí, ya lo vi en su informe. Pero quiero que tú lleves a cabo tu propia investigación y que la mantengas en secreto. No lo comentes con nadie aparte de mí.

Niccolò asintió con la cabeza.

—Quería decirle también que hemos confirmado que Marcus envió veinte hombres con la orden de asesinarlo. Lo que significa que uno de esos hombres sigue sin identificar, tal como dijo Christopher.

El Príncipe miró a su jefe de seguridad con severidad.

—Quiero que lo encontréis inmediatamente.

—Sí, señor. Aunque no debería ser yo quien se lo dijera, creo que Ibarra ha localizado ya al intruso y lo traerá pronto a su presencia.

—Por el bien de Ibarra, espero que sea cierto. Y ¿qué noticias tenemos de Roma?

—De momento, ninguna. Lorenzo se llevó a un mensajero consigo, pero ninguno de los dos ha regresado.

El Príncipe tamborileó con los dedos en la mesa.

—No querría dar más pasos sin que Roma haya sido informada.

—Podríamos dar orden a nuestros agentes para que se encarguen de

Marcus directamente. Su sucesor probablemente sería más sensato que él y lo pensaría dos veces antes de lanzarse a una guerra contra Florencia. Con toda probabilidad lograríamos que nos pagara tributo.

El Príncipe se planteó la posibilidad, pero por poco tiempo.

—Un asesinato es demasiado benévolo para Marcus. Quiero entrar en su palacio, ponerle un pie en el cuello y obligarlo a rendirse.

—Entonces, en mi opinión, nuestra posición aconseja que adoptemos una actitud defensiva contra Venecia. Nuestros aliados están situados entre las dos ciudades y, a menos que él los convenza para que cambien de bando, no le darán permiso para cruzar sus tierras. Eso significa que tendrán que viajar por mar.

—Sí, yo también había llegado a esa conclusión, Niccolò.

El Príncipe se levantó y sacó un sello de oro de un armarito. Lo sostuvo en alto para que Niccolò viera el lirio blanco grabado en la parte superior. La elegante flor era el símbolo de la ciudad de Florencia.

—Prepara cartas para los aliados que residan entre nosotros y Venecia e infórmalos de que uno de nuestros vecinos del norte puede haber decidido marchar sobre nosotros. Di que escribes en nombre del principado, pero no hagas ninguna mención a mí ni a tu nuevo título. Pide que denieguen el derecho de paso a nuestros enemigos, amparándote en nuestra alianza. Diles que recibirán una recompensa.

—Por supuesto. —Niccolò trató de hacerse con el sello, pero el Príncipe cerró la mano.

—Yo en persona sellaré las cartas. Tráemelas cuando estén escritas.

Los oscuros ojos de Niccolò se clavaron en la mano de su señor. Por un instante, su expresión se transformó por la ambición de poseer el sello, pero se recuperó con rapidez.

Sin embargo, al Príncipe no le pasó desapercibido.

—Siempre dispuesto a servirlo en todo, mi señor —dijo haciendo una profunda reverencia.

Para mantener la farsa de que el auténtico Príncipe de Florencia había sido asesinado, éste permaneció escondido en el palazzo Riccardi. Desde allí supervisó la movilización y el entrenamiento de sus tropas y todas las demás decisiones tácticas, que se transmitían a través de intermediarios de confianza.

No podía salir a alimentarse fuera, así que tenía que usar las reservas que tenía almacenadas en su bodega privada. Además, no podía ir a pasear por las calles de Florencia por miedo a que alguien reconociera su rastro.

Había tomado medidas para asegurarse de que Niccolò y otros miembros del Consilium no intentaban dar un golpe de Estado aprovechando la situación. Gregor, su asistente personal, era el encargado de vigilarlos de cerca.

Theodore, uno de sus criados, recibió la orden de controlar todos los movimientos del matrimonio Emerson y de mantener vigiladas las ilustraciones que se exponían en los Uffizi.

Aunque, dadas las circunstancias, el Príncipe no podía ocuparse de los Emerson en ese momento, pensaba hacerlo antes de que se fueran de la ciudad.

Unas noches antes de que llegara el momento en que los Emerson tenían previsto abandonar el hotel, empezó a ponerse nervioso. Llevaba días encerrado con pocas cosas con las que entretenerse.

(Al Príncipe no le interesaban la televisión ni internet.)

Con la idea de ocultar su identidad ante cualquiera de los de su especie con quien pudiera encontrarse por el camino, se puso un hábito de franciscano robado (excepto la cruz).

Se cubrió la cabeza con la capucha, ocultándose la cara y, como era

costumbre entre los franciscanos de la zona, se calzó unas sandalias.

Su atuendo le hacía mucha gracia, por más de una razón. Para completar el disfraz, echó mano a su bodega privada y empapó un trozo de tela en una de sus reservas. Luego se colocó el trozo de tela por dentro del hábito y lo sujetó con un alfiler para despistar a cualquiera que se acercara demasiado. Aunque, por supuesto, no pensaba permitir que nadie de su especie se acercara tanto.

Tras la puesta de sol, el Príncipe abandonó la seguridad del *palazzo*. Salió del edificio por la puerta de atrás y se dirigió caminando con lentitud, a la manera humana, hacia el Gallery Hotel Art. Tuvo la suerte de encontrarse con los Emerson, que salían del establecimiento cuando él llegaba.

Los siguió hasta el romántico restaurante sobre el río Arno donde cenaron. Y, más tarde, los siguió por las estrechas callejuelas que llevaban a la piazza della Signoria. Finalmente se detuvieron cerca de la Loggia dei Lanzi, donde se sentaron a contemplar la ciudad de noche.

Al Príncipe le sorprendió el lugar elegido, ya que él prefería observar la ciudad desde las alturas, como, por ejemplo, desde lo más alto de la cúpula de Brunelleschi.

Al parecer, a los Emerson les gustaba estar acompañados por sus congéneres humanos y estar cerca del suelo. Al contrario que él.

—Creo que, si nos quedáramos aquí el tiempo suficiente, el mundo entero acabaría pasando por delante. —La melancólica voz de Julia, que tenía la cabeza apoyada en el hombro de su marido, llegó hasta los oídos del Príncipe.

Tanto los turistas como los locales paseaban por la *piazza* o disfrutaban de un café en una de las terrazas. No muy lejos de ellos, un cuarteto de cuerda tocaba música de Verdi, llenando la plaza de acordes bellos y melancólicos.

Julianne observaba fascinada cómo los vendedores ambulantes lanzaban cilindros luminosos al aire. Los juguetes brillaban como fuegos artificiales contra el cielo negro como la tinta, pero siempre volvían a caer al suelo. Su breve incursión en el cielo se veía interrumpida de

manera brusca por la fuerza de la gravedad.

El Príncipe se dio cuenta de que su bello rostro se oscurecía cuando una extraña tristeza se apoderó de ella.

—Todos tratamos de alcanzar las estrellas, pero siempre acabamos volviendo a caer a la Tierra —la oyó que murmuraba.

Gabriel la atrajo hacia sí, rodeándole la cintura con el brazo.

—Tienes razón, pero no es propio de ti desesperarte.

—No estoy desesperada. Es sólo que aún no quiero volver a casa.

—Yo tampoco quiero volver, pero el verano no durará para siempre.

Gabriel le besó el pelo con suavidad antes de levantarse y tirar de ella para que lo siguiera hasta el centro de la plaza. La música seguía sonando. La tomó entre sus brazos y empezó a moverse al ritmo de la música.

Julia cerró los ojos y se deslizó sobre el suelo empedrado de la plaza mientras él se encargaba de guiarla.

El Príncipe sintió que la rabia y la lástima se apoderaban de él y luchaban en su interior. Rabia contra el profesor, que claramente tenía una esposa que no se merecía. Y lástima por Julianne, que con toda probabilidad sufría a causa de su enfermedad.

Desde su punto de observación, el Príncipe estaba demasiado lejos como para poder notar sus rastros olfativos. Tampoco podía oír lo que decían mientras bailaban. Vio que el profesor agarraba con más fuerza a su esposa por la cintura. Frunciendo las cejas, le susurró algo al oído, como si estuviera disculpándose.

Julianne abrió los ojos y también le susurró algo.

Frustrado, el Príncipe se olvidó de la prudencia y se acercó. Entró en la *piazza* y se mezcló entre la gente hasta que oyó la voz del profesor:

—Te prometo que te lo compensaré.

—No tienes que compensarme nada —replicó Julianne—. Me alegro mucho de que me hayas traído aquí.

—Yo soy la causa de que siempre estés cayendo a la Tierra —añadió él. Los ojos azules de Gabriel la miraban abiertamente, tratando de leer en su alma—. Soy yo quien te hago bajar de las estrellas, de donde nunca deberías haber caído.

Ella le dirigió una sonrisa triste.

—Es la condición humana. Todos tenemos que caer.

Él dejó de bailar y la miró entornando los ojos.

—Tú no deberías tener que caer, Julianne.

El Príncipe observó el cariñoso momento de la pareja con resentimiento. Cuando el profesor empezó a besar a su esposa a la vista de todo el mundo, el falso franciscano se dio la vuelta de manera brusca y se alejó.

Había tratado de encontrar pruebas de que el profesor engañaba a su mujer de palabra y de obra. Había llegado hasta el punto de pedirle a Pierre que la red de espionaje del principado investigara si Emerson tenía alguna amante escondida por algún lado. No obstante, había llegado a la conclusión de que el profesor amaba profundamente a su esposa y le era fiel.

Y, al menos —a pesar de su arrogancia y su orgullo—, el profesor era consciente del contraste entre sus defectos y las virtudes de Julianne.

Cuando los últimos acordes de la pieza de Verdi se perdieron en la noche, los Emerson volvieron a la Loggia y se sentaron en el banco de piedra. El Príncipe ya podía verlos y oírlos con claridad una vez más.

El profesor acarició los pliegues de seda del vestido de su esposa en un gesto que al Príncipe le pareció inmoral y erótico. Una vez más se sintió hipnotizado por la pareja. No podía apartar la mirada de ellos.

—Ojalá pudiéramos quedarnos en esta *piazza* para siempre —dijo Julia, mirando la elaborada fuente y la pareja mayor que, de la mano, estaba junto a ella.

Gabriel siguió la dirección de su mirada y sonrió.

—Si te quedaras aquí para siempre, tendrías frío cuando llegara el invierno.

—No, si tú estuvieras a mi lado para darme calor.

La sonrisa de Gabriel se hizo más amplia.

—Me alegro de que me encuentres útil, aunque sólo sea como estufa.

—Oh, no sólo eso. También eres un excelente guía turístico.

—Caramba, soy un hombre multiusos.

—Y, como tu italiano es mejor que el mío, también eres un fantástico traductor.

Gabriel acercó su boca a la de ella, hasta casi rozarla.

—¿Quieres que te traduzca mis palabras favoritas? *Labbra? Lingua? Seno?*

El Príncipe estuvo a punto de salir de su escondite y revelar su presencia, aunque sólo fuera por poner fin a la necia conversación que tenía que presenciar.

Ella recorrió el labio inferior de su marido con el dedo corazón.

—Te has olvidado de la manera más importante en que puedo serte útil —dijo él mirándola con deseo.

—¿Cuál es esa manera?

Bajando el tono de voz, Gabriel le dijo entornando los párpados:

—Como tu amante.

A continuación, le mordisqueó el dedo antes de metérselo en la boca. Jugó con él unos momentos, lamiéndole la piel antes de soltarlo.

—Aunque me temo que, si insistes en permanecer en esta *piazza*, mi capacidad como amante se resentirá mucho.

—¿Se resentirá? —repitió ella alzando las cejas.

—Por ejemplo, aquí no puedo hacer esto —respondió él uniendo sus labios.

Julia contestó con un gemido de aprobación, al que Gabriel reaccionó profundizando su conexión y acariciándole la lengua con la suya.

El Príncipe apartó la mirada para no ver cómo el profesor le sujetaba la cara con las dos manos. Ambos tenían los ojos cerrados de felicidad.

Durante un tiempo, él también había conocido una felicidad como ésa y había estado a punto de poseerla, pero Dios o el destino habían conspirado contra él. Su deseo de amar y conectar con otra persona había muerto en el instante en que había acabado su existencia como ser humano.

Contando las estrellas del cielo para distraerse mientras los Emerson se besaban con total tranquilidad, el Príncipe se preguntó por qué había arriesgado la seguridad de su querido principado sólo por espiar a una

ridícula pareja de amantes.

—Y tampoco podría hacer esto —susurró Gabriel, hablando con los labios pegados a los de ella mientras le acariciaba un pecho con el pulgar.

Julia se estremeció.

—Ni esto. —El profesor siguió bajando la mano hasta la cintura y, desde allí, la dirigió a la parte baja de su espalda. Con un dedo, le resiguió la línea de las bragas, como si estuviera pensando en quitárselas.

—Ni esto. —Con los ojos muy brillantes, le puso una mano sobre la rodilla desnuda, animándola a separar las piernas.

—Si mueves esa mano un poco más arriba, nos van a arrestar —susurró ella.

«Sí, por favor, que alguien los arreste —pensó el Príncipe—. Cualquier cosa antes que tener que seguir soportando este bochornoso espectáculo.»

Los ojos de Gabriel se oscurecieron.

—Valdrá la pena.

Julia le plantó la mano encima de la suya, deteniendo el lento pero inexorable ascenso.

—Creo que ya hemos protagonizado suficientes escándalos, Profesor.

—En ese caso, vas a tener que marcharte de esta *piazza* antes de que te meta la mano debajo del vestido y te muestre qué viene a continuación.

—¿Adónde iremos?

—Conozco una plaza mucho más tranquila cerca de aquí.

Ella contuvo la risa.

—¿Eso es lo mejor que se te ocurre?

—Siempre podemos ir al hotel. Tengo una habitación con vistas.

Julia ladeó la cabeza.

—¿Con vistas?

Gabriel le tomó la mano y se llevó la palma a la boca para darle un beso.

—La única vista que merece la pena en esta ciudad eres tú, pero la que se ve desde la habitación no es del todo desafortunada.

Ella bajó la vista y se sonrojó.



El Príncipe frunció el cejo bajo la capucha, deseando que los Emerson se levantaran de una vez y se marcharan.

Gabriel apretó la mano de su esposa.

—Nada es comparable a tu belleza; ni siquiera esta ciudad. Florencia tiene una arquitectura excepcional, igual que sus obras de arte. Pero la cúpula de Brunelleschi carece de tu compasión. Y no hay ni un solo cuadro en los Uffizi que pueda captar la belleza y la calidez de tu amor.

El Príncipe ya había tenido bastante. La desesperantemente edulcorada conversación entre el matrimonio había estado a punto de conseguir que el falso franciscano se arrancara el hábito y se encarara con ellos allí mismo, aunque sólo fuera para que se callaran de una vez. Pero en ese momento oyó el sonido de la risa de Julianne. Era un sonido tan feliz que se detuvo en seco.

—¿Estas coqueteando conmigo, Profesor?

Gabriel le acercó los labios al oído.

—Esto no es un coqueteo, Julianne —repuso—. Esto es seducción. Y no me detendré hasta que pueda disfrutar de la maravilla que es tu cuerpo yaciendo bajo el mío una vez más.

Le besó la oreja antes de desplazarse hasta el cuello. Muy lentamente bajó por él, depositando leves besos en su piel hasta llegar a la clavícula.

—Esto es sólo el principio —susurró acariciándole el costado—. Piensa en los placeres que te aguardan.

Ella lanzó un débil gemido.

—Me gustaría que siguieras hablando de ello.

Él se levantó y le ofreció la mano.

—Haré mucho más que hablar. Pero me temo que tendrás que salir de esta *piazza*.

Julia miró por encima del hombro hacia la fuente y suspiró.

—Me cuesta marcharme sabiendo lo que nos espera en casa.

—Pero estaremos juntos. —Gabriel tiró de ella y la abrazó—. Esta noche te ayudaré a tocar las estrellas. Y, cuando vuelvas a caer, te prometo que te recogeré en mis brazos.

Julia vio que la estaba mirando con una mezcla de ternura y pasión y le

acarició la mandíbula, de rasgos cincelados.

—¿Y tú, Gabriel? ¿No quieres tocar las estrellas?

Él le dirigió una de sus sonrisas, lenta y dulce.

—Tú eres la única estrella de mi cielo.

Julia lo besó con pasión antes de tomarlo de la mano y salir andando a toda prisa en dirección al hotel.

El Príncipe no los siguió. Ya había tenido bastante conversación insulsa y tocamientos públicos por esa noche.

Se dio por satisfecho sabiendo que los Emerson habían vuelto a su habitación en el ático del hotel y se fundió con las sombras. Esperando que su escapada nocturna hubiera pasado desapercibida, se obligó a apartar de su mente cualquier atisbo de felicidad.

Ibarra de los Euskaldunak era un hombre alto, moreno e inteligente. Llevaba más de un siglo viviendo en Florencia y estaba muy orgulloso de su reciente ascenso al Consilium.

Era un honor ocupar un puesto tan elevado en el principado. Pero Ibarra sabía, al igual que el resto de los ciudadanos de Florencia, que los miembros del Consilium que fallaban en las responsabilidades que les encomendaban eran desterrados o ejecutados. Y los destierros eran extremadamente infrecuentes.

Buen conocedor de la historia del inframundo florentino —una materia que había estudiado a conciencia desde su llegada—, Ibarra era muy consciente de sus responsabilidades como jefe de seguridad. Quería demostrar su valía ante el Consilium y el Príncipe.

(Además, le tenía cariño a su cabeza y le molestaría mucho perderla.)

Por todo eso, Ibarra estaba en un piso vacío sobre el ponte Santa Trinita. Llevaba allí muchas horas, con la vista clavada en el río Arno.

Había convencido al Príncipe para que le permitiera perseguir al asesino que quedaba suelto en persona. Llevaba varios días y varias noches investigando y había descubierto que el veneciano había evitado ser descubierto escondiéndose en el Arno.

Era un plan muy astuto.

El agua se ocupaba de enmascarar el rastro del forastero. El río, aunque no era muy profundo, le proporcionaba la protección necesaria frente al sol durante el día. Estaba el pequeño problema de la falta de oxígeno, pero los de su especie apenas necesitaban respirar. Ibarra supuso que el veneciano asomaba la cabeza de vez en cuando debajo del puente durante el día y, con las reservas de aire, volvía a hundirse en el fondo del

río una vez más.

Pero eso se había acabado.

El nuevo jefe de seguridad lo había descubierto y estaba esperando pacientemente a que el infiltrado saliera a respirar. En cuanto los últimos rayos de sol abandonaron la ciudad, lo vio aparecer.

Ibarra observó al enemigo que salía del agua vestido con ropa oscura y una espada en la mano. La figura examinó el área con rapidez, elevando la nariz y cerrando los ojos para oler si había algún depredador cerca.

Dando por sentado que estaba solo, escaló la pared del puente y se plantó en la calzada.

Ibarra abrió rápidamente la ventana del piso y bajó al suelo de un salto, desenfundando su espada mientras aterrizaba.

El veneciano levantó la cabeza y buscó a Ibarra con la mirada.

Al ver al vasco, soltó una maldición y echó a correr. Cruzó el puente y se dirigió hacia el Santo Spirito, en la orilla sur del Arno.

Ibarra lo siguió a buen ritmo. Al llegar al final del puente, subió a un edificio. Desde el improvisado mirador en el tejado, vio que su presa escapaba por una calle lateral.

El vasco cruzó hasta el tejado del edificio vecino sin perder de vista al veneciano. El asesino fracasado dobló una esquina a toda velocidad y fue a parar peligrosamente cerca del terreno sagrado de una iglesia. Ibarra contempló divertido cómo el hombre se detenía, por un momento confundido, antes de girar a la izquierda con brusquedad y entrar en la piazza Santo Spirito.

El vasco volvió a bajar al suelo de un salto. Lo siguió por la *piazza* y entró tras él en una calle estrecha.

El veneciano se detuvo derrapando al darse cuenta de que era un callejón sin salida.

Ibarra se paró a su espalda, a la entrada del callejón, blandiendo la espada.

Su enemigo miró por encima del hombro. Al ver a Ibarra, empezó a escalar el muro que cerraba la calleja.

Volando, el vasco le dio alcance. Lo agarró por la ropa y tiró de ella

hasta derribarlo.

Tras el duro golpe contra el suelo, el aspirante a asesino soltó una maldición, pero no soltó la espada.

Ibarra se plantó sobre él y le dijo en un italiano con un fuerte acento vasco:

—Ríndete y seré clemente.

El otro miró a su alrededor, midiendo la distancia que lo separaba de la entrada del callejón.

Ibarra aprovechó entonces la oportunidad para centrarse en el olor que despedía.

—Hace tiempo que no comes —le dijo—. Seguro que tienes hambre. Me aseguraré de que te alimentes bien.

El veneciano se puso de pie y se tambaleó mientras apuntaba con la espada la cintura de Ibarra. Sus ojos iban de un lado a otro mientras contemplaba sus opciones.

—Nuestro príncipe ha muerto —lo informó Ibarra—. Eres el único superviviente de tu grupo. El principado entero te está persiguiendo. Los demás te matarán cuando te encuentren.

El veneciano cambió de expresión, aunque muy brevemente. Lo suficiente como para que Ibarra notara que no tenía ni idea de que el atentado había sido un éxito ni de que el resto de los asaltantes habían muerto. Aun así, el asesino no parecía fiarse de la palabra del vasco.

Éste sonrió.

—Ya veo que no te falta valor, pero no confundas valor con locura. Estás solo, no tienes aliados y estás lejos de casa. Me encargaré de que te suministren comida y refugio. Baja la espada.

El veneciano la levantó un poco más.

Ibarra dejó escapar un silbido mientras negaba con la cabeza.

—¿Por qué habrá enviado Marcus a alguien de tu edad para asesinar a uno de los antiguos? ¿Acaso no dispone de soldados más preparados? ¿O es que Venecia pretende declararnos la guerra con un ejército de jovenzuelos?

El veneciano tenía los ojos clavados en los suyos.

La sonrisa de Ibarra se hizo más amplia.

—Ah, así que Marcus no os contó que nuestro Príncipe era uno de los antiguos —añadió haciendo una floritura con la espada—. Igualmente, tú deberías haberte preocupado de estudiar nuestra historia antes de atacarnos. Nuestro Príncipe llevaba siglos gobernando Florencia. No sabría decirte cuál era su edad exacta en el momento de morir, pero desde luego era uno de los más antiguos de Italia.

Una expresión de algo parecido a la sorpresa cruzó el rostro del veneciano.

La sonrisa de Ibarra desapareció mientras daba un paso al frente.

—Dicen que Marcus es un tirano. ¿Merece la pena morir por él?

El otro agarró la espada con las dos manos y la blandió a la altura de la cabeza del vasco.

Éste se agachó entonces, golpeó al veneciano con la espada a la altura de los tobillos y lo derribó.

El joven cayó al suelo, pero siguió bien aferrado a su espada.

Cuando Ibarra le dio un pisotón en la mano, gritó de dolor y soltó al fin el arma.

El vasco le apoyó la punta de la espada bajo la barbilla, obligándolo a alzarla.

—Ya veo que los venecianos sois leales, aunque no muy inteligentes.

»Soy mayor que tú. Un siglo, tal vez dos. Soy más fuerte, más veloz y más difícil de matar. No me ganarías en una pelea a espadas, aunque no estuvieras debilitado por la falta de alimento.

Los ojos de Ibarra brillaban como dos estrellas negras.

—Además, será difícil que luchemos porque acabas de perder el arma. —Rozó el cuello del veneciano con la espada y le hizo un corte del que brotó sangre.

—Ayúdame a huir de la ciudad y recibirás una recompensa digna de un rey —dijo entonces el veneciano en voz baja pero desafiante.

Ibarra frunció el ceño.

—¿Qué clase de recompensa?

—Oro. Hay gente que pagaría una fortuna por verme regresar sano y

salvo.

Ibarra examinó la ropa y la apariencia del cautivo.

—Lo dudo mucho —replicó.

—Podrías venir conmigo. Al príncipe Marcus le gustaría contar con alguien como tú.

—Oh, sí, seguro que sí. Probablemente no haya ejecutado a nadie durante las últimas horas y necesita una nueva víctima.

Ibarra le propinó una patada en las costillas.

—¡Levántate!

—Tengo amigos poderosos —insistió el veneciano con tozudez, resistiéndose a moverse.

—Me gustará oírlo. Luego me cuentas más, pero ahora vamos a dar un paseo. Levántate.

El joven se levantó con las piernas temblorosas. Ibarra le dio un empujón en dirección a la entrada de la calleja y le apoyó la punta de su arma en la espalda.

—Puede que aún no te hayas dado cuenta, veneciano, pero la fortuna te ha sonreído. Como he sido yo quien te ha encontrado, vivirás para ver amanecer mañana. La pregunta es si verás el de pasado mañana.

—¿Qué noticias traes de Roma? —El Príncipe dio la bienvenida a su lugarteniente en la biblioteca de sus aposentos privados en el palazzo Riccardi y le señaló una silla para que se acomodara.

Lorenzo hizo una reverencia y tomó asiento.

—Ha sido imposible hablar con el Romano en persona. Me atendió su lugarteniente.

El Príncipe no pareció sorprendido por esa revelación.

—¿Y?

De debajo de la ropa, Lorenzo sacó un trozo de pergamino sellado con cera roja que llevaba la marca del rey de Italia.

—Me entregaron esta misiva como confirmación de mi conversación con él. El lugarteniente me informó de que Roma no interferirá en el conflicto bélico entre Venecia y Florencia, a menos que atraiga demasiada atención.

El Príncipe rompió el sello y, tras desdoblar el pergamino, leyó rápidamente el texto en latín.

—¿Atención por parte de quién? —preguntó—. ¿De los humanos o de la Curia?

Lorenzo se revolvió inquieto en su asiento.

—El lugarteniente no me lo especificó.

—Con toda probabilidad porque una lleva a la otra.

El Príncipe dejó de hablar al ver algo en la misiva que no tenía nada que ver con la conversación que estaban manteniendo.

Lorenzo se percató de ello y le dirigió una mirada inquisitiva.

El Príncipe dobló la carta y se la guardó en el bolsillo del traje.

—¿Informaste a Roma de que no estábamos seguros de que Venecia



estuviera detrás del intento de asesinato?

Lorenzo hizo un amago de preguntar por la carta, pero no lo hizo.

—Sí, Príncipe.

—Mientras te encontrabas en Roma recibimos la confirmación de que Marcus estaba detrás del ataque. ¿Cuál es la posición de Roma sobre el conflicto, dadas las circunstancias?

—Según el lugarteniente, el Romano prefiere evitar hacer declaraciones públicas sobre esos temas pero, en privado, reconoció que nuestra queja estaba justificada.

El Príncipe se tomó un momento para ajustarse los gemelos mientras reflexionaba sobre las palabras de Lorenzo. No eran las que había esperado escuchar.

—¿Oíste algo que te hiciera pensar que el Romano... se ha retirado?

—No, Príncipe. Pero corren rumores de que fue reemplazado en secreto cuando cumplió los mil años.

—¿Qué tipo de rumores? —El tono del Príncipe era cortante.

Lorenzo levantó las manos en un gesto conciliatorio.

—Nada específico. Pero durante el trayecto hacia la ciudad, todo el mundo comentaba que era raro que nadie hubiera visto al Romano desde hace, al menos, un siglo. Al parecer, es el lugarteniente quien se ocupa de todos los asuntos de Estado. Me ofreció su propia opinión varias veces a lo largo de la conversación sin salir para consultar nada con su superior.

El Príncipe se abstuvo de hacer ningún comentario y permaneció reflexionando en silencio con la mirada perdida.

En ese instante, alguien llamó a la puerta.

Lorenzo hizo una reverencia y abrió con discreción, bloqueando la entrada con su cuerpo.

—Mis disculpas, señor Lorenzo. —La voz de Gregor, con su fuerte acento ruso, llenó la habitación—. Ibarra ha traído un regalo para el Príncipe.

—¿Qué regalo? —preguntó Lorenzo sorprendido.

—Un regalo veneciano.

Lorenzo guardó silencio durante unos instantes.

—Dile a Ibarra que lleve el regalo a la sala del Consilium. Informaré a su señoría personalmente.

Gregor aceptó la orden y se retiró. Cuando Lorenzo hubo cerrado la puerta, el Príncipe le preguntó alzando las cejas:

—¿Y bien? ¿Qué es ese regalo?

Lorenzo parecía distraído.

—No estoy seguro, Príncipe.

—Reúne a los miembros del consejo. Puede que los necesitemos.

El lugarteniente hizo una reverencia antes de retirarse.

En el silencio que siguió a su partida, el Príncipe volvió a sacar la misiva del bolsillo y releyó la nota escrita al final de la misma con una caligrafía que le resultaba familiar. Una amplia sonrisa se instaló en su rostro.

—Yo estoy a favor de que lo torturemos. —La voz de Aoibhe, potente y engañosamente melodiosa, resonó en la sala del consejo.

El Consilium se había reunido sin el prisionero, que permanecía en una celda cercana bajo la vigilancia nada más y nada menos que de cuatro guardias.

—La vida del veneciano está en manos del Príncipe. Tal vez él prefiera matarlo personalmente —repuso Lorenzo, contemplando cómo su gobernante se sentaba en el trono.

—Es muy joven. Podríamos intentar ganarnos su fidelidad —dijo Ibarra en voz baja pero llena de confianza en sí mismo.

—Tenemos que determinar si ha tenido contacto con Venecia —replicó el Príncipe, dirigiendo una mirada severa a su nuevo jefe de seguridad.

Ibarra asintió con la cabeza.

—Sin duda, señor, pero dudo que haya tenido ningún contacto. Se separó del resto del grupo y ha permanecido estos días escondido en el Arno. Por su aspecto, no parece que se haya alimentado desde el día del ataque.

—¿Niccolò? —El Príncipe se volvió entonces hacia su jefe de inteligencia.

Éste se levantó para responder.

—No nos consta que haya entrado en el principado ninguna información desde Venecia. Marcus sigue convencido de que está usted muerto, señor.

—¿Ha habido algún movimiento en la zona?

—Ninguno. Nuestros espías han informado de que Venecia está reuniendo un ejército, pero han tenido problemas con sus vecinos. Nuestros aliados han comunicado a Venecia que atacarán la ciudad si cruzan sus fronteras.

El Príncipe sonrió.

—Excelente.

Niccolò siguió hablando:

—Tal como predijimos, Venecia ha empezado a hacer planes para viajar por mar. Por suerte, nuestros espías creen que podrán descubrir el lugar donde piensan atracar la flota.

—Probablemente en Rímìni o Cervia —conjeturó el Príncipe.

—Ambas son posibilidades razonables, sí.

El Príncipe hizo una pirámide con los dedos.

—Marcus me ha sorprendido. Pensaba que atacaría horas después de enterarse de mi muerte.

Niccolò asintió.

—Es posible que Marcus estuviera esperando un informe de alguien que estuviera dentro de la ciudad.

El Príncipe volvió a sonreír.

—Pues si es así, hemos tenido suerte.

—Nuestro ejército es más grande y más fuerte que el suyo. Y estamos bien preparados. Aunque podríamos conseguir que nuestros aliados nos concedieran permiso para cruzar sus tierras y atacar a Venecia, creo que lo más prudente sería esperar. Venecia vendrá a nosotros.

—Niccolò, escribe cartas a la princesa de Rávena y al príncipe de San Marino. Pídeles que se pongan de nuestro lado en caso de un potencial

conflicto. Pero de momento no nombres a nuestro adversario. Asegúrate de que nuestros espías se dirijan a la costa. Que estén preparados. Ofrece generosas recompensas a cualquiera que informe sobre movimientos al norte de nuestras fronteras.

Niccolò asintió.

—Sí, señor.

A continuación, el Príncipe llamó a su nuevo jefe de seguridad.

—Ibarra.

El vasco se dirigió al trono y saludó a su señor con una reverencia.

—El soldado veneciano es tu prisionero. Sácale toda la información que puedas y luego mátaló.

Ibarra titubeó durante un momento. Parecía que quería protestar, pero al final optó por no hacerlo, lo que fue muy sensato por su parte.

—Sí, señor.

—Te pongo al mando del interrogatorio como recompensa por haberlo capturado. Aun así, Maximilian y Aoibhe serán testigos del mismo. Stefan, el médico, estará a tu servicio por si lo necesitas.

—Es un honor, señor. Gracias. —Ibarra dobló la rodilla en señal de respeto antes de volver a su asiento.

—Una cosa más, Ibarra.

El vasco se detuvo antes de sentarse y se volvió hacia el trono de nuevo.

—¿Sí, señor?

—Uno de tus predecesores creyó que sería buena idea incluir a un sacerdote en los interrogatorios —explicó el Príncipe. Luego, endureciendo su expresión, añadió—: No cometas el mismo error.

El Príncipe estaba encantado con Ibarra y con la captura del veneciano fugitivo. Convencido de haber tomado las decisiones correctas para asegurar la defensa del principado, y confiando en las informaciones que seguían llegando de los espías infiltrados en Venecia y en la costa, decidió que era un buen momento para salir de su escondite, aunque sólo fuera por unas horas.

Aunque no quería que nadie, ni en Florencia ni en Venecia, descubriera que seguía con vida, se le estaba acabando el tiempo para liquidar el tema de los Emerson. El matrimonio abandonaría el hotel a la mañana siguiente. Si quería vengarse de ellos, debía ser esa noche.

Por esa razón, el Príncipe se atrevió a abandonar la seguridad del palazzo Riccardi y se adentró en las calles de Florencia, pero sólo durante unas horas y con el único objetivo de torturar y matar al profesor Emerson.

Sin embargo, antes tenía que ir a visitar a un viejo amigo.

Usó una red de pasadizos secretos que unían el *palazzo* y la villa, situada en una de las colinas que servían como mirador sobre la ciudad. Cuando el sol inició su descenso, sacó su moto Triumph del garaje y descendió por la carretera de curvas que llevaba hasta el río Arno.

Sin duda, a los habitantes del inframundo florentino les resultaría extraño ver cómo su Príncipe disfrutaba montando en ese invento de los humanos. Pero el caso es que le encantaba la pureza de sus líneas y el sonido de su motor. Y, por supuesto, adoraba la velocidad.

Por todo eso, cruzó el Arno a toda velocidad sobre la moto y se dirigió a Santa Maria Novella.

Iba vestido totalmente de negro, incluido el casco con un visor opaco.

Llevaba unas pesadas botas negras de motorista y una cazadora de cuero negro de la década de 1950. Se había colocado un trozo de ropa recién bañada en otra reserva de su bodega por debajo de la camisa.

Tras aparcar la moto al lado de la basílica, se dirigió a la entrada lateral sin quitarse el casco. No quería que lo vieran los ciudadanos de Florencia. Por más de una razón.

En cuanto puso un pie en terreno sagrado, empezó a dolerle mucho la cabeza y los miembros le empezaron a flaquear. Era un duro recordatorio de que ya no formaba parte de los siervos de la Iglesia.

La sangre del Príncipe se encendió de rabia; una rabia muy antigua.

Tras entrar en el templo se quitó el casco, luchando contra la náusea que amenazaba con vaciarle el estómago. Se dirigió al centro y se detuvo bajo el famoso crucifijo de Giotto.

Era bellissimo, sin duda. Dedicó un rato a examinar la obra de arte de inspiración franciscana, fijándose en los colores. Pero no miró el rostro de la figura que colgaba de la cruz.

Luego escupió en el suelo y blasfemó en latín.

Se volvió en redondo y salió de la iglesia. Cruzó el claustro cubierto de césped en dirección a la vieja sala capitular. En el siglo XVI, se había transformado en lo que ahora se conocía como la «capilla Española». Andrea de Bonaiuto había pintado los increíbles frescos que decoraban las paredes.

Por fin, el Príncipe se enfrentó a quien había ido a ver: una figura sentada bajo las personificaciones de las siete virtudes, que mostraba una expresión de paz.

Al establecer contacto visual con la imagen, ésta pareció devolverle la mirada. El Príncipe se inclinó en una profunda reverencia, un movimiento al que su espalda no estaba acostumbrada.

—Saludos, hermano —le dijo en latín.

La figura permaneció en silencio.

—Hacía tiempo que no venía. Más de un siglo, si no me equivoco. — La mirada del Príncipe se paseó sobre las figuras menos acogedoras que rodeaban a la que había ido a ver antes de centrarse en la personificación

de la justicia—. ¿Aún crees en la justicia, ahora que has visto lo que hay detrás del velo?

Dio un paso adelante para ver mejor la corona y el cetro que llevaba la figura. Se fijó en que el cetro parecía estar señalando la figura a la que había ido a ver.

Apartó la mirada y sacudió la cabeza.

—Por supuesto que no, ¿qué estoy diciendo? Cuestionarse a Dios en el Paraíso es la mejor manera de lograr la expulsión.

El Príncipe rio para sus adentros y se quitó el casco.

—Que sepas que tienes un hogar en el infierno, a mi lado, si algún día decides caer.

Cuando volvió a mirar el rostro solemne de la imagen, guardó silencio. Se le habían quitado las ganas de bromear.

—Florencia está bajo asedio, o lo estará pronto. Los venecianos están preparando un ataque. Pero no he venido por eso.

Empezó a caminar de un lado a otro. Apartó los ojos de la familiar figura y los clavó en el movimiento de sus botas.

—¿Puedes creerte que he venido en busca de confesión? ¿No? Ojalá siguieras con vida y pudiera hablar contigo en persona. Creo que me recibirías, a pesar de lo que dijeran el resto de los hermanos.

Se volvió, huyendo de la mirada de la imagen, como si pudiera sentir sus ojos pintados clavados en la espalda.

—Esta noche, mi mano es la mano de la venganza. Hace tiempo, alguien robó algo que me pertenecía. ¿Lo recuerdas? Te lo conté. Tras muchos años, mis tesoros han vuelto a la ciudad. Pronto colgarán de nuevo en mi casa. Pero esta noche voy a castigar al hombre que las robó y, al hacerlo, castigaré también a la esposa de ese hombre, que es cómplice del robo. Sin embargo, no la mataré.

Buscó la mirada impasible del hombre retratado en el fresco.

—En vida, no sabías mucho de mujeres. Estoy seguro de que ahora sabes algo más sobre ellas, aunque sólo sea sobre las que has conocido en el Paraíso.

»Esta mujer te gustaría. Es dulce, demasiado dulce para mi gusto, y

demasiado virtuosa. Aunque a ti te habría gustado su bondad.

La mirada del Príncipe volvió a recorrer las figuras que representaban a las virtudes, flotando en el aire en la parte superior del fresco. Permaneció en silencio, como si aguardara una respuesta. Una respuesta que nunca llegó.

—¿Qué? ¿No dices nada? ¿Ni un reproche? ¿Ni una crítica? Acabo de decirte que voy a hacer daño a una mujer virtuosa matando a su marido delante de ella. Pensaba que eso te impulsaría a hablar, después de todos estos años.

En el silencio de la iglesia, el Príncipe maldijo, paseando la mirada de una figura a otra.

—¿Nada? Estoy aquí, ante ti, confesándote mi pecado antes de cometerlo, como Guido da Montefeltro. Pero, a diferencia de él, yo sé que es absurdo tratar de conseguir la absolución sin tener propósito de enmienda.

El Príncipe gruñó.

—Se alió con Pisa contra Florencia, ya lo sabes. Lo habría matado para divertirme un rato con él, pero huyó a Asís. Al menos, tuvo a Francisco como compañero en su lecho de muerte. Aunque su compañero no pudo hacer nada contra los demonios.

El Príncipe alzó la vista hacia la imagen.

—¿Quién es mi compañero, hermano? —preguntó—. ¿Quién es mi santo, el que vendrá a consolarme en mi lecho de muerte?

Acto seguido, resopló burlón.

—Sí, viejo amigo. Ya lo sé. Entre un demonio y yo hay pocas diferencias. Tal vez eso es lo que soy ya: un demonio que arrastra las almas al infierno.

Se quedó mirando fijamente los ojos de la imagen.

—No, no quiero el perdón de tu Dios. No quiero su redención ni su absolución. Sólo la tuya. Pero ya sé que no la voy a conseguir.

Se volvió de espaldas al fresco y levantó el casco, como si fuera a ponérselo. No obstante, cambió de idea y volvió a acercarse a la pintura, hasta que estuvo a unos pocos centímetros de distancia.



—Llevo casi ochocientos años maldiciendo a Dios por tu culpa. ¿Cómo te hace sentir eso? ¿Cómo sienta saber que eres motivo de pecado?

»La tuya no fue la única muerte que tuvo lugar aquella lejana noche. La esperanza murió contigo.

Lanzando otra maldición, escupió en el suelo una vez más.

—Sirves a un monstruo.

La figura del fresco le devolvió una mirada de reproche.

—Sí, ya. Yo también soy un monstruo. Sin embargo, a diferencia del tirano caprichoso al que tú sirves, yo defiendo la justicia.

El Príncipe volvió a mirar a la personificación de la esperanza. Luego contempló la de la justicia, como si le estuviera dando tiempo para que formulara una respuesta.

Pero el muro pintado permaneció en silencio.

—Me despido, viejo amigo. Te deseo que encuentres la paz, si tal cosa existe. Me disculpo por haber perturbado tu descanso.

El Príncipe se puso el casco y salió en estampida de la sala capitular. Las botas resonaban con ímpetu sobre los suelos envejecidos. Cruzó el claustro y se dirigió a la calle. Pero antes de ir hacia la moto, examinó el área para asegurarse de que no había otros seres de su especie.

Por suerte, no había ninguno.

Se dirigió rápidamente hacia el vehículo y montó en él. La moto se puso en marcha. El rugido del motor era el fiel reflejo de la furia y la frustración que sentía el Príncipe. Sin pensar en las consecuencias, puso la motocicleta a todo gas mientras recorría las estrechas callejuelas.

Ejecutaría su venganza esa noche, y nada ni nadie —ni siquiera la sagrada memoria de su amado mentor— podrían impedirlo.

Mientras el Príncipe se acercaba al Gallery Hotel Art, se obligó a dominar y a silenciar su rabia. Llevaba siglos manteniéndola bajo control y tenía muchísima práctica.

La oscuridad envolvía su amada ciudad como si fuera un manto. Sintió que la ciudad lo envolvía a él también, y eso lo hizo sentirse muy orgulloso.

No le costó encontrar un lugar donde aparcar cerca del hotel. Se quitó el casco y se acercó al establecimiento andando —sin el casco— como un humano.

Escaló la pared trasera del establecimiento y se encaramó al tejado, donde se tomó unos momentos para disfrutar de las vistas.

Si alguien le preguntara si tenía una amante, le diría que sí, y que su nombre era Florencia. Adoraba su ciudad y haría cualquier cosa por ella. A cambio, la ciudad le gustaba y lo consolaba como una amante entregada.

El Príncipe alzó la vista hacia las estrellas y hacia el trozo de luna que brillaba sobre su cabeza. Y recordó las palabras de la señora Emerson sobre las estrellas. Unas palabras que recordaría eternamente, si es que vivía tanto tiempo. Palabras que tendría que esforzarse en olvidar después de que hubiera ejecutado su venganza, igual que el sonido de su risa de felicidad.

Sin remordimientos, siguió avanzando hacia su objetivo, bajando de un silencioso salto a la terraza de la habitación del ático. Los Emerson habían cerrado las puertas que daban al dormitorio.

Aunque estaban cerradas con llave, el Príncipe arrancó el pomo de cuajo y abrió de manera rápida y efectiva.

Entró en el dormitorio sin hacer ruido. Cerró a su espalda y avanzó en

la oscuridad. Entornó los párpados y aspiró hondo.

Abrió los ojos de repente, al darse cuenta de que, entre la combinación de olores de la habitación, no se encontraban los dos que estaba buscando.

El Príncipe se acercó a la gran cama blanca a la velocidad de rayo. La cama estaba hecha. Y vacía.

Examinó la estancia en la oscuridad. Aunque no hubiera luz, el resto de sus sentidos le permitía obtener la información que necesitaba.

Al no encontrar lo que estaba buscando, avanzó hacia el vestidor, tirando varias sillas a su paso. Abrió las puertas y comprobó que estaba vacío.

Puso la habitación patas arriba, derribando las lámparas y arrancando los cuadros de las paredes. Sacó todos los cajones de los armarios y las cómodas y los tiró al suelo.

La habitación estaba totalmente vacía, no sólo de seres humanos, sino también de sus efectos personales. Los Emerson habían huido.

Con un rugido de frustración, levantó la cama por un lado y la lanzó contra la pared. Una lámpara se rompió con estruendo al caer al suelo de mármol. Trozos de cristal se deslizaron por el piso, cubriendo la fría superficie.

El ser maligno y enfurecido salió entonces a la terraza y bajó a la calle de un salto.

Sin reflexionar sobre lo que estaba haciendo, entró en el hotel por la puerta principal y se dirigió a la recepción siguiendo su olfato.

Tras el mostrador había un hombre vestido de traje.

Al ver al Príncipe empezó a temblar, mientras hacía un esfuerzo desesperado por mantener el control de su vejiga. Se subió las gafas, que le habían resbalado por la nariz. Ni siquiera se molestó en fingir una sonrisa.

—Buenas noches, señor —dijo, aunque la voz le falló a media frase—. ¿Puedo ayudarlo en algo?

—¿Dónde están los Emerson? —preguntó el Príncipe con una voz que más parecía un rugido, apoyando los puños sobre el mostrador.

—Lo siento, señor, pero no puedo dar ninguna información sobre

nuestros clientes.

El Príncipe agarró al hombre por la corbata, que parecía cara, y lo levantó del suelo. Sus ojos grises se iluminaron y se clavaron en los de su víctima.

—Soy tu amo y señor —le dijo—. Me contarás todo lo que quiera saber.

El hombre empezó a ahogarse. Con las manos trató de librarse de la presión en el cuello que le impedía respirar.

Bajando la voz hasta convertirla en un susurro suave pero amenazador al mismo tiempo, el Príncipe repitió:

—¿Dónde están los Emerson?

El hombre le devolvió la mirada y la boca se le abrió mucho cuando dejó de luchar y resistirse.

El Príncipe volvió a dejarlo en el suelo y le soltó la corbata.

El recepcionista siguió con la vista clavada en la de él, aunque tenía los ojos vidriosos. Sus dedos se movieron como por voluntad propia hacia el teclado del ordenador y empezaron a pulsar. Luego bajó la vista hacia la pantalla y tecleó un par de veces más.

—El profesor y la señora de Gabriel Emerson se marcharon ayer —informó.

El Príncipe entornó los ojos.

—No puede ser. Su fecha de partida era mañana.

—Amo, el ordenador dice que se marcharon antes de lo previsto por motivos personales.

—*Sard* —exclamó el Príncipe, usando una antigua maldición, mientras golpeaba el mostrador con el puño.

La madera se rompió por el impacto.

El hombre permaneció impasible, con la mirada fija en los ojos del Príncipe, su expresión y su actitud sorprendentemente plácidos.

—¿Dónde está Emerson ahora? —preguntó el Príncipe entre gruñidos.

El hombre volvió a dirigir la vista hacia la pantalla.

—No dejó una dirección donde ponerse en contacto con él.

—¿Qué direcciones dejó? —Esta vez, la voz del Príncipe pareció un

ladrido.

—Tres direcciones, amo. Una en Umbría, en una casa cercana a Todi. Y dos en Norteamérica. Una en Cambridge, Massachusetts, y otra en Selinsgrove, Pensilvania.

Las direcciones le resultaron familiares al Príncipe, ya que coincidían con las que aparecían en el informe que le había hecho llegar su servicio de inteligencia. Aun así, no sabía hacia cuál de sus residencias se habían dirigido los Emerson tras su visita a Florencia.

—Dame las direcciones.

El hombre tecleó algo rápidamente y una impresora situada a su izquierda se puso en marcha y empezó a imprimir. Tras recoger una hoja de papel de la bandeja del aparato, la dejó sobre el mostrador roto.

—Mírame —susurró el Príncipe.

Los ojos del hombre volvieron a clavarse en los suyos.

—No recordarás nada de lo que ha pasado. Subirás al ático y entrarás en la habitación. Descubrirás que un vándalo ha entrado allí y la ha destrozado. No llamarás a la policía. Harás que lo arreglen todo de inmediato y no hablarás del incidente con nadie.

—Sí, amo.

El Príncipe le sostuvo la mirada antes de cruzar a toda velocidad el vestíbulo y salir del hotel con el papel en la mano.

Tal vez los Emerson se le habían escapado esa noche, pero no lograrían seguir eludiéndolo por mucho tiempo. Los perseguiría hasta que los encontrara y luego se vengaría de ellos.

El profesor pagaría con su vida, y la mujer que vivía a su lado pagaría con su corazón, que se rompería al ver morir a su marido. Y al matar al profesor y la felicidad de su esposa, el Príncipe se cobraría su venganza.

Cuando lo separaban un par de metros de la moto, una figura apareció por el otro lado de la calle. La reconoció por el olfato antes que por la vista.

—Niccolò me envía con un mensaje urgente. —Aoibhe se hizo visible al llegar al haz de luz que salía de la puerta principal del hotel.

—¿Y? —El tono del Príncipe era cortante.

—Venecia se ha puesto en marcha. Nuestros espías en la ciudad han informado de que Marcus ha enviado su ejército por mar. Piensan atracar en Rímini.

—Envía de inmediato un mensaje a la princesa de Rímini informándola de la inminente invasión. Luego congrega al Consilium. Reuniremos el ejército para estar preparados para el ataque. —El Príncipe se metió el trozo de papel que aún llevaba en la mano en el bolsillo de su chaqueta.

Aoibhe siguió el movimiento de la mano con curiosidad.

—¿He interrumpido algo, señor?

—La seguridad del principado es mi primera preocupación. Así que vete inmediatamente —le ordenó el Príncipe, poniendo así fin a la conversación.

Aoibhe hizo una reverencia y desapareció mientras él se acercaba a la moto.

—Hoy te has escapado, Emerson, pero no podrás huir de mí eternamente.

El Príncipe de Florencia se subió a la moto y se perdió en la noche a toda velocidad.

## *Agradecimientos*

Me gustaría dar las gracias a todos mis lectores y mostrar mi gratitud especial a todos aquellos que leyeron y apoyaron la saga «Gabriel». Como habéis podido comprobar en esta novela breve, todavía no he acabado con el profesor ni con Julianne.

(Ni con el Príncipe tampoco.)

Estoy en deuda con Sandro Botticelli y con el marco incomparable de la galería de los Uffizi. También estoy en deuda con los ciudadanos de Florencia, que me inspiraron y me brindaron su hospitalidad.

Quiero dar las gracias a Kris, que leyó un borrador y me ofreció críticas constructivas muy valiosas. También les estoy muy agradecido a Jennifer y a Nina por sus opiniones y su apoyo.

Me ha encantado trabajar con Cindy Hwang, mi editora. También debo dar las gracias a Tom Guida por su sensatez y su energía. Gracias a los departamentos de edición, realización y diseño, que han trabajado en todas las etapas de la novela, tanto con el texto como con la cubierta.

Mi publicista, Nina Bocci, trabaja incansablemente para promocionar mis novelas y me ayuda a llevar las redes sociales que me permiten mantenerme en contacto con los lectores. Para mí es un honor contar con ella y formar parte de su equipo.

También quiero dar las gracias a todos aquellos que me han apoyado, especialmente a las Musas, Erika y Argyle Empire, así como a las lectoras de todo el mundo que se encargan de las cuentas de los clubes de fans SRFans en las distintas redes sociales.

Por último, me gustaría dar las gracias a mis amigos y a mi familia. Vuestro apoyo constante es inestimable.

## *Glosario de términos y nombres propios*

(Atención: esta lista contiene spoilers.)

**Antiguos:** Clase especial de seres sobrenaturales que, tras haber pasado setecientos años en su estado, han obtenido habilidades especiales y un tremendo poder.

**Aoibhe** (pronunciado *A-vah*): Miembro femenino del Consilium, de ascendencia irlandesa.

**Consilium:** Consejo de gobierno del principado de Florencia. Consta de seis miembros. El Príncipe es miembro *ex officio*, es decir, en virtud de su cargo.

**Curia:** Enemigos de los seres sobrenaturales.

**Dottore Vitali:** Director de la galería de los Uffizi. Aparece en la saga Gabriel.

**Gregor:** Ayudante personal del Príncipe.

**Ibarra:** Miembro vasco del Consilium.

**Julia Emerson:** Licenciada que está en un programa de doctorado en la Universidad de Harvard. Está casada con Gabriel, por lo que las ilustraciones de Botticelli también le pertenecen.

**Lorenzo:** Miembro de la familia Medici y lugarteniente del principado de Florencia. Es asimismo miembro del Consilium.

**Marcus:** También conocido como príncipe de Venecia. Es la máxima autoridad del inframundo del principado de Venecia.

**Maximilian:** Miembro prusiano del Consilium.

**Medici:** Famosa familia que gobernó Florencia durante el Renacimiento.

**Neófitos:** Seres sobrenaturales que aún no han cumplido los cien años



en su actual estado.

Niccolò: Florentino ilustre y miembro del Consilium. Jefe de inteligencia del principado de Florencia.

Pierre: Miembro francés del Consilium. Supervisa la seguridad y colabora con la red de inteligencia humana y con los distintos cuerpos policiales.

Príncipe: Gobernante del principado de Florencia, la sociedad de seres sobrenaturales que forma el inframundo de la ciudad.

Profesor Gabriel Emerson: Especialista en Dante que enseña en la Universidad de Boston. Es el propietario de una famosa colección de ilustraciones de Botticelli sobre la *Divina Comedia*. El profesor cedió la colección a la galería de los Uffizi en 2011. Su historia se narra en la saga Gabriel, que consta de los títulos *El infierno de Gabriel*, *El éxtasis de Gabriel* y *La redención de Gabriel*.

Reclutas: Nuevos seres sobrenaturales, que anteriormente habían sido humanos.

Red de inteligencia humana: Grupo de seres humanos contratados para que proporcionen información a los seres sobrenaturales. También cumplen funciones de seguridad y llevan a cabo misiones específicas.

Romano: Gobernante del principado de Roma y máxima autoridad del reino de Italia, que incluye todos los principados italianos.

Salvajes: Seres sobrenaturales que viven y cazan solos. Muestran un comportamiento brutal, más animal que humano.

Stefan: Médico sobrenatural de origen franco-canadiense.

Venecianos: Seres sobrenaturales que viven en el principado de Venecia.

Si te ha gustado esta historia, te agradecería que dejaras una opinión en Goodreads o en cualquier web o blog de libros que frecuentes.

Las aventuras del Príncipe continúan en *La alondra*, que se publicará próximamente. Sigue leyendo si quieres conocer un avance exclusivo.

*Noches en Florencia, 2.*

*La alondra*

Sylvain Reynard

*A la ciudad de Florencia y a mis lectores, con gratitud*



*La primavera*  
Sandro Botticelli (c. 1482. Galería de los Uffizi, Florencia)

## *Prólogo*

*Mayo de 2013*

*Florenxia, Italia*

Una figura solitaria se alzaba en lo alto de la cúpula de Brunelleschi, bajo la sombra de la cruz y el globo dorado. Su ropa negra hacía que se fundiera con la oscuridad, lo que lo volvía invisible a la gente que caminaba a sus pies.

No obstante, si hubieran alzado los ojos, tampoco lo habrían visto.

Desde su mirador privilegiado, las personas parecían hormigas. Y para él no eran más que hormigas, una presencia molesta pero necesaria en su ciudad.

Florenxia había sido suya durante casi setecientos años. Cuando no estaba de viaje siempre contemplaba la puesta de sol desde el mismo lugar, inspeccionando su reino con un orgullo digno del propio Lucifer. Todo cuanto veía era fruto de su esfuerzo; lo había logrado con sus propias manos, y ejercía su poder sin compasión.

Su considerable fuerza se magnificaba gracias a su intelecto y a su paciencia. Los siglos pasaban ante sus ojos, pero él permanecía inmutable. El tiempo era un lujo del que disponía en abundancia. Por eso nunca se apresuraba en su búsqueda de venganza. Habían pasado más de cien años desde que le robaron una de sus posesiones más preciadas. Había esperado a que volvieran a aparecer y por fin lo habían hecho. Esa noche había recuperado las ilustraciones que pertenecían a su colección personal. La sofisticada seguridad de los Uffizi había sido un trámite insignificante.

Por eso se alzaba triunfal recortado contra el cielo cubierto de nubes negras, como un príncipe Medici contemplando Florenxia. El cálido aire

de la noche bañaba la ciudad mientras él meditaba sobre el destino de las personas que habían adquirido las ilustraciones robadas. Ya había decidido matarlos dos años antes, pero un tedioso intento de asesinato había interrumpido sus planes. Y la guerra civil que se había declarado entre Florencia y Venecia lo había mantenido ocupado desde aquel momento. Había ganado la guerra y se había anexionado Venecia y todos sus territorios. Al fin había llegado la hora de vengar otras injusticias, de carácter personal.

Tenía tiempo de sobra para planificar los asesinatos de los ladrones. Por eso estaba disfrutando de su triunfo mientras una lluvia cálida y persistente empezaba a caer. Las hormigas se dispersaron a sus pies, buscando refugio. Pronto las calles se vaciaron de presencia humana.

Sujetó la caja que cargaba bajo el brazo con más fuerza. Necesitaba llevar sus ilustraciones a un lugar más seco. En un abrir y cerrar de ojos, se deslizó por las tejas rojas hasta llegar a una media cúpula situada a un nivel inferior. Desde allí, bajó al suelo de un salto y echó a correr por la plaza. Instantes después escaló hasta el tejado de la Arciconfraternita della Misericordia, un antiguo edificio adyacente a la catedral.

Hubo un tiempo en el que se habría unido gustoso a la Arciconfraternita y habría compartido su misión misericordiosa en vez de considerarlos un obstáculo. Pero llevaba desde 1274 sin ser misericordioso. En su nueva forma, la idea ni siquiera le cruzó la mente.

Iba saltando de tejado en tejado a gran velocidad, esquivando las gotas de lluvia y acercándose cada vez más al ponte Vecchio, cuando el olor de la sangre lo distrajo. Respiró hondo, abriendo mucho las ventanas de la nariz. La sangre provenía de más de una cosecha, pero una en concreto llamó su atención. Era joven y muy dulce. El aroma hizo resucitar en él recuerdos que llevaban mucho tiempo olvidados y un anhelo igual de antiguo. Instantáneamente, cambió de dirección y aceleró el paso, dirigiéndose hacia el ponte Santa Trinita. La silueta oscura se difuminaba contra el cielo nocturno mientras saltaba de tejado en tejado.

Otros monstruos se movían en la noche. Saliendo de todos los rincones de la ciudad, se dirigían a la carrera hacia el lugar donde la

sangre inocente los llamaba desde el suelo.

Mientras corría, la pregunta que ocupaba su mente era: «¿Quién llegará primero?».



Las calles de Florencia estaban casi desiertas a la una y media de la mañana.

Casi.

Quedaban unos cuantos turistas y lugareños, grupos de jóvenes que buscaban diversión, algunos sintecho que pedían limosna y Raven Wood, que cojeaba lentamente por el pavimento irregular de la calle que llevaba desde la galería de los Uffizi hasta el ponte Santa Trinita.

Raven había estado en una fiesta con colegas de la galería y, como una idiota, había rechazado la oferta de su amigo Patrick de llevarla a casa. Él se había ofrecido a llevarla porque sabía que la Vespa de Raven estaba en el taller, pero ella sabía que en realidad su amigo no quería marcharse del piso de Gina. Llevaba meses enamorado de ella en secreto. Esa noche parecía que, al fin, había logrado captar la atención de ésta.

Ligeramente.

Raven no tuvo valor para separar a los posibles amantes. Había asumido ya que el amor no estaba hecho para ella, pero disfrutaba en secreto con las vidas amorosas de los demás, en especial de las de sus amigos. Por eso había insistido en volver sola a casa. Y por eso iba caminando, con la única ayuda de su bastón, hacia su pisito de la piazza Santo Spirito, que quedaba al otro lado del río.

Poco se podía imaginar que esa decisión tendría consecuencias trascendentales, tanto para ella como para sus amigos.

Sus colegas daban por hecho que su cojera era cosa de nacimiento y, por delicadeza, no sacaban el tema. Estaban equivocados, pero Raven agradecía que no le hablaran de ello, ya que tras su cojera se escondía un secreto siniestro que no pensaba revelar a nadie.

No se veía a sí misma como una minusválida. Se consideraba ligeramente discapacitada. Tenía la pierna derecha un poco más corta que la izquierda, y el pie se le abría hacia afuera en un ángulo poco natural. No podía correr, y sabía que verla caminar no era algo agradable. Al menos, ya que siempre iba acompañada de su bastón, trataba de que éste fuera lo más bonito posible, y lo decoraba personalmente con motivos divertidos. Se refería a él como a su *novio*, y le había puesto hasta nombre: *Henry*.

A algunas mujeres les habría preocupado tener que cruzar Florencia a solas a esas horas de la noche, pero a Raven no. No solía atraer la atención de la gente, excepto unas cuantas miradas indiscretas a su pierna. De hecho, la mayoría de las veces la gente la rozaba o tropezaba con ella como si fuera invisible.

Probablemente la culpa era de su aspecto físico. Los más educados habrían definido su figura como la de una musa de Rubens, si hubieran logrado encontrarla bajo su ropa holgada. Para los gustos actuales tenía sobrepeso. La ropa demasiado grande hacía que pareciera que le sobraban todavía más kilos. Y las zapatillas deportivas, aunque eran muy cómodas, no añadían casi ningún centímetro a su metro setenta. Tenía el pelo moreno, casi tan negro como el ala de un cuervo, y lo llevaba recogido de cualquier manera en una coleta que le rozaba los hombros. Comparada con las numerosas mujeres atractivas y emperifolladas que habitaban Florencia, ella era una mujer del montón.

Aun así, tenía unos ojos preciosos, grandes, de mirada profunda, de un verde que recordaba a la absenta. Por desgracia, nadie se tomaba nunca la molestia de mirarla a los ojos, que estaban ocultos tras unas gafas de montura negra demasiado grande.

No obstante, si lo hubieran hecho, Raven tampoco se habría sentido cómoda. De hecho, se ponía esas gafas para distanciarse de la gente. Cuando necesitaba leer algo, se las cambiaba por unas graduadas.

Al acercarse al puente Santa Trinita desde el Lungarno degli Acciaiuoli, maldijo en voz baja por no haber cogido un paraguas. Aunque llovía lo suficiente como para hacer desaparecer a los peatones de las calles y del puente, no llovía bastante como para empaparla. Pensó en refugiarse en

algún sitio, pero rechazó la idea y siguió cojeando, avanzando igual que lo hacía todo en la vida: con tenaz determinación.

Vio que un trío de hombres de aspecto rudo y grosero se acercaban al puente desde la vía de' Tornabuoni. La lluvia no parecía preocuparlos. Hablaban en voz alta y estridente y caminaban dando bandazos. No era raro encontrarse con borrachos en el centro de la ciudad, pero Raven aflojó el paso. Sabía que la gente era impredecible cuando había bebido demasiado.

Agarró con más fuerza su vieja y gastada mochila mientras seguía avanzando en dirección al puente. En ese momento vio a Angelo.

Angelo era un sintecho que se pasaba los días y las noches mendigando. Raven se lo encontraba cada vez que iba o volvía de los Uffizi. Siempre se detenía a saludarlo y le daba alguna moneda o algo de comer. Sentía una especie de camaradería con él, ya que ambos usaban bastón para ayudarse a caminar. La incapacidad de Angelo se debía a problemas relacionados con la miseria, lo que aumentaba el sentimiento de compasión de Raven.

Mientras seguía caminando, paseó la mirada entre él y los borrachos y no pudo evitar que la asaltara una terrible sensación de miedo.

—¡Buenas noches, amigos! —exclamó Angelo. Su voz rasgó la húmeda oscuridad de la noche—. Unas monedas, por favor.

El tono alegre de su voz hizo que a Raven se le encogiera el estómago. Conocía perfectamente el cruel destino que sufría la esperanza cuando se dirigía hacia las personas equivocadas.

Empezó a caminar más deprisa, con los ojos clavados en su amigo, esperando no tropezar y acabar en el suelo antes de llegar. Cuando ya casi había alcanzado el puente, vio que Angelo levantaba los brazos y gritaba.

El más grande de los tres tipos estaba orinando sobre él. Angelo trató de apartarse, pero el hombre lo siguió, mientras los otros dos lo jaleaban.

A Raven no le extrañó lo que estaba viendo.

Angelo era un indigente, estaba sucio, era un tullido y se movía con lentitud. Cualquiera de esas cosas podía desencadenar la crueldad latente de algunos florentinos.

Sintió que las ganas de protestar le quemaban la garganta, pero no abrió la boca.

Debía intervenir. Lo sabía. El mal florece cuando la gente buena pasa de largo y calla cuando debería alzar la voz.

Raven siguió andando.

Estaba cansada tras un largo día en el trabajo y tras la velada en casa de Gina. Lo único que quería era llegar a casa, a su pisito de la piazza Santo Spirito. Pero no podía pasar por alto los gritos de Angelo ni las risas y los insultos de los hombres.

El más grande de ellos acabó de orinar con una floritura y volvió a abrocharse los vaqueros. Sin previo aviso, levantó un pie y le dio una patada en las costillas a Angelo. Éste soltó un grito y se encogió en el suelo.

Raven se detuvo en seco.

Los otros dos hombres se unieron al primero, dando patadas e insultando a Angelo sin hacer caso de sus gritos. Mientras trataba de protegerse acercándose a la acera, Raven vio que le salía sangre de la boca.

—¡Ya basta! —gritó alguien en italiano.

Por un momento, Raven sintió alivio y una gran alegría pensando que alguien, quien fuera, acudía a rescatar a Angelo.

Pero su alegría se transformó en horror cuando los hombres se detuvieron y se volvieron hacia ella.

—Ya basta —repitió en voz mucho más baja.

Los hombres se miraron entre sí y el más alto hizo un comentario despectivo a sus compañeros antes de echar a andar en su dirección.

Mientras se acercaba, Raven se fijó en que tenía los hombros anchos y era más alto de lo que le había parecido. Tenía la cabeza rapada y calzaba botas. Cuando él le clavó sus ojos oscuros, Raven tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echar a correr.

—¡Largo! —le ordenó el hombre, haciendo un gesto despectivo con la mano.

Los ojos verdes de Raven buscaron a Angelo, que seguía ovillado en

el suelo.

—Deja que lo ayude. Está sangrando —repuso.

El calvo miró por encima del hombro en dirección a sus compañeros. Uno de ellos le dio una patada en el estómago a Angelo, como para provocarla. Los gritos de su amigo llenaron los oídos de Raven, hasta que finalmente se hizo un silencio aterrador.

Con una sonrisa de depredador, el calvo se volvió hacia ella y señaló en la dirección por la que había llegado.

—Corre.

Raven se planteó acercarse a Angelo, pero descartó la idea. Tampoco iba a poder cruzar el puente para llegar a su casa. El enorme calvo le barraba el paso.

Empezó a retroceder insegura.

El tipo la siguió, agitando los brazos y arrastrando la pierna derecha, burlándose exageradamente de su manera de caminar. Uno de los otros gritó algo sobre Quasimodo.

Resistiéndose a la tentación de gritar que los auténticos monstruos eran ellos, Raven se volvió para alejarse con más rapidez. El sonido de pasos acelerando el ritmo resonó en sus oídos. Los otros dos hombres habían dejado a Angelo y la estaban persiguiendo.

Oyó que uno de ellos hacía un comentario sobre lo fea que era, demasiado fea para tirársela.

Los otros se echaron a reír.

Otro comentó que siempre podían follársela por detrás; así no tendrían que verle la cara.

Raven cojeó más deprisa, buscando en vano con la mirada a algún otro peatón. Pero los alrededores del Arno estaban desiertos.

—¡No corras tanto! —El comentario sarcástico del hombre fue recibido con risas por los otros dos.

—Vamos, ven a jugar con nosotros —gritó otro.

—Está claro que lo está deseando.

Raven aceleró el paso, pero pronto la alcanzaron y la rodearon como si fueran una manada de lobos y ella un ciervo herido.

—Y ¿ahora qué? —preguntó el más bajo de los hombres mirando a sus compañeros.

—Ahora vamos a jugar —respondió el calvo, que evidentemente era el cabecilla, antes de dirigirle una sonrisa a Raven. Tras arrebatárle el bastón de la mano, lo tiró lejos.

Otro le arrancó la mochila del hombro.

—Por favor, devuélvemela —gritó ella, lanzándose sobre el hombre.

Éste se la arrojó a uno de sus compañeros, por encima de la cabeza de Raven.

Ella se volvió hacia la mochila, pero antes de alcanzarla, habían vuelto a tirarla por encima de su cabeza. Los hombres siguieron con el jueguito durante varios minutos, riéndose y burlándose de ella cada vez que les suplicaba que le devolvieran la mochila. Esos tipos no lo sabían, pero allí llevaba el pasaporte y otros documentos importantes.

No podía correr. Su minusvalía se lo impedía. Sabía que, si iba a buscar el bastón, lo único que conseguiría sería que volvieran a quitárselo y, tal vez, que lo tiraran al Arno. Se volvió y empezó a cojear una vez más en dirección al ponte Vecchio.

Uno de los hombres tiró la mochila al suelo.

—¡Sujétala! —ordenó.

Raven trató de andar con más rapidez, pero lo cierto es que ya iba tan deprisa como podía. El tipo que la seguía la atrapó en tres zancadas.

Asustada, miró por encima del hombro. En ese momento, tropezó con un agujero del suelo y trastabilló. Sintió un gran dolor en las manos y en los brazos al tratar de amortiguar con ellos la caída.

El calvo se aproximó y la agarró por el pelo. Raven gritó mientras él le arrancaba la goma elástica del cabello. La larga melena le cayó sobre los hombros.

El hombre se enroscó el pelo alrededor de la muñeca y tiró de él hasta levantarla del suelo.

Raven examinó la zona, intentando encontrar una salida o a alguien que la ayudara, pero un instante después el hombre la arrastró y la metió en un callejón. Era tan estrecho que Raven casi podría haber tocado las

dos paredes con los brazos extendidos.

Entonces, se dejó caer intencionadamente hacia adelante. El hombre la soltó, maldiciendo e insultándola.

Raven gimió al volver a chocar con el suelo. Tenía las rodillas y las manos llenas de arañazos y de sangre. Notó que la asaltaba un olor nauseabundo. Alguien había usado el callejón como lavabo.

Raven tosió y pensó que iba a vomitar.

El calvo la agarró por el codo y la arrastró hacia el fondo del callejón. —Levántate —le ordenó.

Ella trató de alejarse, pero la tenía bien sujeta por el codo. Se revolcó por el suelo dando patadas a ciegas, desesperadamente. Mientras el hombre la maldecía, ella se apartó, tratando de ponerse en pie al mismo tiempo.

De repente, el tipo se alzó sobre Raven. Sujetándola por un brazo, la obligó a levantarse y a mirarlo a la cara. Sin previo aviso, le dio un puñetazo en la cara que le rompió las gafas y la nariz. La sangre empezó a brotar, cayendo al suelo y formando grandes goterones.

Raven aulló de dolor y se dejó caer al suelo. Se arrancó las gafas rotas de la cara y empezó a llorar. Mientras las lágrimas le caían por las mejillas, se cubrió la cara con las manos, intentando respirar por la boca.

El hombre volvió a levantarla tirándole del pelo y le aplastó la cara contra la pared.

Raven sintió un gran dolor en la frente y vio las estrellas mientras el mundo empezaba a girar a su alrededor. Cuando dos de los hombres le abrieron los brazos a los lados y le apretaron el pecho contra la pared, todo empezó a ir a cámara lenta. El cabecilla, que estaba a su espalda, le levantó la camisa.

Sin miramientos, sus dedos ascendieron por la piel desnuda de Raven hasta llegar al sujetador. Le apretó los pechos mientras hacía una broma de mal gusto. A Raven le pareció que sus compañeros lo animaban a seguir, pero a esas alturas ya no entendía lo que decían.

Era como si estuviera debajo del agua. Sentía un fuerte golpeteo en la cabeza. Respiraba con dificultad, tratando de no ahogarse con la sangre

que se le colaba por la garganta.

El hombre se desabrochó los pantalones y se pegó a su trasero. Le rodeó la cintura con un brazo y, con un movimiento de los dedos, le desabrochó los vaqueros.

Ella se resistió al notar que le deslizaba la mano por dentro de las bragas.

—¡Para! Por favor... ¡Por favor!

Los gritos desesperados de una joven que pronunciaba las palabras con dificultad llegaron a oídos del Príncipe. Lorenzo, su lugarteniente, y Gregor, su ayudante, se acercaban, pero aún estaban lejos. Otros de su especie los seguían a poca distancia.

El Príncipe aumentó la velocidad, reticente a compartir la fuente de la cosecha más dulce que había olido en siglos. El aroma le resultaba casi familiar. Tanto, que a su deseo se unió una oleada de nostalgia. Una nostalgia en la que no tenía intención de regodearse.

La astucia y la prudencia siempre habían sido sus mejores consejeras. Gracias a ellas seguía con vida, mientras que tantos otros habían sido enviados a sufrir las abominaciones de ultratumba que se merecían tanto como él. Nunca actuaba sin precaución. Por eso se detuvo al llegar al borde del tejado que daba al callejón y miró hacia abajo sin ser descubierto.

El estrecho callejón estaba iluminado por una única farola. Vio a una joven a la que sujetaban entre tres hombres. Uno de los tres estaba abusando de ella por detrás. Tenía la bragueta abierta y frotaba su miembro erecto en el trasero de la joven. Los otros lo animaban mientras la mantenían clavada a la pared, como si estuviera crucificada.

El simbolismo de la escena no le pasó desapercibido al Príncipe.

No le habría costado nada robarles la víctima a esos hombres y salir de allí sin que se dieran cuenta siquiera. Luego podría haberla llevado a otro callejón oscuro para consumir esa valiosa cosecha.

Cerró los ojos durante un instante y respiró hondo. En ese momento,



un recuerdo lo asaltó: una mujer medio desnuda que yacía al pie de una pared de piedra. Su cuerpo estaba destrozado. Le habían arrebatado la inocencia y su sangre lo llamaba, derramada como estaba en el suelo.

«Venganza.»

Sus ganas de alimentarse fueron rápidamente sustituidas por un apetito aún mayor, uno que llevaba siglos nutriendo en silencio a base de rabia y arrepentimiento. Las ilustraciones que había robado con tanto cuidado se le cayeron de las manos, completamente olvidadas, cuando bajó del tejado de un salto.

—¿Qué demo...? —El hombre murió antes de poder acabar la frase. La cabeza, separada del tronco, daba vueltas por el callejón como un balón de fútbol.

Los otros dos soltaron a la chica y trataron de huir, pero el Príncipe los atrapó con facilidad y los envió al infierno con unos cuantos ágiles movimientos.

Al volverse hacia su presa, vio que estaba tirada en el suelo. El dulce aroma de su sangre flotaba en el aire. Parecía inconsciente. Tenía los ojos cerrados y la cara como si le hubieran dado una paliza.

—*Cassita vulnerata* —susurró agachándose a su lado.

Ella abrió sus grandes ojos verdes y lo miró con dificultad entre las gotas de lluvia.

—Una chica. Qué decepción —dijo una voz femenina, rompiendo el silencio—. Por el olor pensaba que sería un niño pequeño.

El Príncipe se volvió y se encontró con cuatro de sus conciudadanos, que se habían acercado. Una era una mujer alta con una larga melena pelirroja: Aoibhe. Los otros tres eran hombres: Maximilian, Lorenzo y Gregor. Todos estaban muy pálidos y miraban a Raven con apetito, pero antes no se olvidaron de hacerle una reverencia a su señor.

—¿Cómo puede ser que se nos pasara por alto una exquisitez como ésta? Si la hubiera oído por la calle, la habría cazado enseguida. —Aoibhe se acercó. Su postura era regia y elegante—. Vamos a por ella, ¿no? Es adulta. Nos la podemos repartir con facilidad. No he probado una cosecha tan dulce desde que me alimentaba de niños ingleses.

—No —replicó el Príncipe en voz muy baja. Se movió de manera casi imperceptible, situándose entre la chica y los demás para que dejaran de verla.

—¿Nuestro Príncipe va a negarnos algo así? —preguntó Maximilian, el más grande de los hombres—. Los demás están muertos y apestan a vicios —añadió señalando el suelo cubierto de los cuerpos desmembrados de los otros tres.

—Hay un cadáver puro en el puente. Os lo podéis quedar, con mis mejores deseos. Sin embargo, me reservo el derecho de pernada con la chica —dijo el Príncipe en un tono engañosamente sereno pero acerado.

—Su tesoro es casi un cadáver —soltó Aoibhe—. Su corazón empieza a fallar.

La chica tenía los ojos cerrados y respiraba cada vez con más dificultad.

—¡Qué desastre! —exclamó otro de los hombres del Príncipe en un italiano con marcado acento ruso. Dio un paso al frente para examinar los cadáveres de los atacantes, acercándose peligrosamente a la víctima.

Un gruñido amenazador escapó entonces de la garganta de su amo.

El ruso se detuvo en seco.

—Mis disculpas, señor —dijo dando un cauteloso paso atrás—. No pretendía faltarle al respeto.

—Gregor, controla el perímetro. Si nadie quiere el otro cadáver, retiradlo de ahí.

El joven ayudante se marchó a toda prisa.

—Ni siquiera un salvaje se alimentaría de éstos. —Todo el mundo se volvió hacia Maximilian, que estaba contemplando los cuerpos mutilados. Alzando la mirada hacia su gobernante, añadió—: Pensaba que el Príncipe no mataba por diversión.

—*Cave*,<sup>[1]</sup> Maximilian —le advirtió el Príncipe en tono amenazador.

—¿Estás desafiando al Príncipe por la presa? —Lorenzo, el lugarteniente, dio un paso hacia adelante.

La tensión podía palpase en el ambiente. Todo el mundo se quedó mirando a Maximilian, esperando su respuesta.

El ruso paseó la mirada entre el Príncipe y la chica que se desangraba. Sus ojos azules tenían un brillo calculador.

—Si el Príncipe nunca mata por diversión, ¿por qué están muertos estos hombres? Podría haberse llevado a la chica fácilmente sin matarlos.

—¡Ya basta! —Aoibhe sonaba impaciente—. Esa chica se está muriendo y tú nos estás haciendo perder el tiempo.

—Fue el Príncipe quien promulgó las leyes en contra de los asesinatos indiscriminados —insistió Maximilian, dando un paso adelante. Miró un instante hacia Lorenzo antes de volver a clavar la mirada en su señor.

Aoibhe se plantó ante él. Aunque era alta, su cuerpo se veía muy menudo al lado de la mole que era Maximilian.

—¿Vas a desafiar al Príncipe de Florencia por esto? ¿Estás loco?

Maximilian hizo un gesto, como si pensara apartarla de su camino.

La pelirroja lo sorprendió con un movimiento brusco y muy rápido. Agarrándole el brazo izquierdo, se lo dobló a la espalda y lo levantó hasta dislocarle el hombro con un chasquido escalofriante.

—No vuelvas a levantarme la mano nunca más, o te quedarás sin ella. —Aoibhe lo obligó a arrodillarse y le apoyó un pie en la espalda, dejando al descubierto un zapato de terciopelo.

Maximilian apretó los dientes.

—¿Alguien va a sacarme a esta arpía de lengua bífida de encima?

—Aoibhe —dijo el Príncipe en voz baja pero cargada de autoridad.

—Sólo quiero asegurarme de que este caballero prusiano entiende lo que le estoy diciendo. Su italiano... deja mucho que desear.

—¡Aparta, mujerzuela miserable! —exclamó Maximilian, tratando de liberarse.

—Será un placer. —Aoibhe soltó a su colega con una retahíla de insultos en irlandés y unas cuantas amenazas de propina.

Max se levantó y, con un gruñido, volvió a colocarse el hombro en su sitio. Haciendo girar el brazo, dijo:

—Ya que, al parecer, soy el único interesado en hacer cumplir las leyes de la ciudad, retiro el desafío. —Hizo una pausa, dando tiempo a que alguien dijera algo, pero todos guardaron en silencio.

—Por fin. Ya era hora —dijo Aoibhe finalmente, volviéndose hacia el Príncipe, que se había acercado a su presa y había apoyado la espalda en la pared del callejón—. La excepcional cosecha que ha encontrado está a punto de exhalar su último aliento, Príncipe. Si alguien va a probarla, tiene que ser ahora. ¿Va a compartirla con nosotros?

Siguiendo un impulso irresistible, el Príncipe tomó a la muchacha en brazos y, de un ágil salto, se plantó en el tejado de la casa, dejando a sus conciudadanos atrás.

—*Cassita vulnerata.*

Raven se despertó sobresaltada. Había oído una voz desconocida que le susurraba al oído. Pero, por supuesto, no había nadie más que ella en su pequeño dormitorio. No recordaba qué le había dicho la voz. Tampoco sabría decir en qué idioma hablaba. Algo le decía que no era italiano pero, al fin y al cabo, se trataba de un sueño. Y no sería la primera vez que soñaba en latín.

Pestañeó para protegerse de la luz del sol que entraba por la ventana. No era habitual que los postigos estuvieran abiertos por la noche, pero lo estaban.

(Aunque ella no se fijó en esa anomalía.)

Había tenido un sueño de lo más raro, pero lo único que recordaba vívidamente era un remolino de emociones y colores. Raven era artista, y para ella no era raro pensar y soñar en color. Lo que ya no era tan habitual era que su memoria, en general tan precisa, se hubiera vuelto vaga e indefinida.

Bostezando, bajó los pies al suelo. Su cama individual era una auténtica declaración de soltería. Se levantó y se dirigió a su ordenador portátil. Tras abrir el reproductor de música, escuchó su álbum favorito de Mumford & Sons.

Al entrar en el baño, no se molestó en mirarse al espejo que colgaba sobre el lavabo. Era un espejo pequeño, que sólo mostraba lo mejor de la anatomía de Raven: su cara. Pero ella trataba de no mirarse, ni siquiera a la cara.

Tras sus abluciones matutinas, se dirigió a la diminuta cocina de su apartamento de una habitación para preparar el café.

Tenía la sensación de que era sábado o domingo pero, al mismo tiempo, algo le decía que tenía que ir a trabajar. Una súbita ansiedad se apoderó de ella y tuvo que volver hasta la puerta del dormitorio y echar un vistazo. Cuando vio que la mochila estaba al lado de la mesita que usaba como escritorio, soltó el aire que había estado conteniendo, aliviada.

Lo que tenía que hacer era tomarse el café, revisar el correo como de costumbre, y así sabría seguro qué día era. Según el reloj de pared, eran las siete de la mañana.

Se apoyó en la encimera de la cocina. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que algo había cambiado.

El anticuado camisón que llevaba debería haberle llamado la atención, ya que no era suyo, pero no lo hizo. En vez de en la ropa, se fijó en lo que asomaba por debajo. Su pie derecho, que habitualmente estaba enfocado hacia un lado, era simétrico con el izquierdo, algo que no había visto desde hacía una década.

Se quedó de piedra. En general no era capaz de desplazarse del dormitorio al baño y del baño a la cocina sin ayuda del bastón. Y tampoco podía estar así, apoyada en ambos pies, sin sentir dolor. Pero eso era exactamente lo que acababa de hacer.

Raven casi se cayó al suelo por la sorpresa, pero no lo hizo porque estaba demasiado ocupada levantando el pie que solía estar herido y haciendo girar el tobillo experimentalmente. Luego repitió el movimiento con el pie izquierdo. Ambos pies se movían con facilidad y sin causarle ningún dolor.

Caminó hasta el dormitorio y volvió a la cocina. Conteniendo la respiración, probó a dar un salto.

Levantó los brazos y corrió sin moverse del sitio. Cada paso que daba era una victoria que la llenaba de entusiasmo a pesar de saber que lo que estaba viviendo era imposible.

Era un milagro.

Raven no creía en los milagros, ni en ninguna deidad o deidades que pudieran concederlos. Cerró los ojos tratando de recordar algo de la

noche anterior. Cualquier cosa que le sirviera de pista para comprender el porqué de una transformación tan crucial como repentina. Sin embargo, aparte de la voz que le susurraba unas palabras que no podía recordar, no tenía nada a lo que aferrarse.

«Tal vez sigo soñando», se dijo.

Para comprobar su teoría, estiró los miembros inferiores y los colocó formando una postura de ballet, un *arabesque* muy de aficionada, con las piernas temblorosas. Mantuvo la posición tanto tiempo como pudo, disfrutando al sentir músculos que había olvidado que tenía. Cuando al fin perdió el equilibrio y volvió a colocar los dos pies en el suelo, casi se echó a llorar. Su pie y su pierna derecha habían hecho lo que les había pedido que hicieran, por fin. Todo el daño que le habían causado aquella terrible noche se había curado.

Oyó que la cafetera escupía ruidosamente sobre el fogón de la cocina y se apresuró a apagar el fuego. Abrió la neverita y sacó un cartón de leche.

Echó un vistazo a la etiqueta y la leyó sin ninguna dificultad. Con los ojos abiertos como platos, le dio la vuelta al envase para leer la letra pequeña. Parpadeó varias veces y se llevó una mano a la cara para asegurarse de que no llevaba las gafas puestas.

No las llevaba.

Sin las gafas de cerca no debería haber sido capaz de leer las palabras escritas debajo de la marca. Pero lo veía todo con claridad.

«Esto no puede estar pasando. Estoy alucinando.»

Raven dejó la leche sobre la encimera y se dirigió al baño a toda prisa.

Cuando vio a una desconocida reflejada en el espejo, soltó un grito.

La mujer tenía una larga y brillante melena negra. Los ojos eran dos centellas verdes y su rostro tenía una bella forma ovalada y unos pómulos altos. Era de ese tipo de rostros que Raven consideraba que merecían ser pintados. De hecho, el reflejo le recordó a la actriz Vivien Leigh.

Asustada, se alejó del espejo dando un salto hacia atrás.

La mujer hizo lo mismo.

Se movió hacia la derecha.

Y la mujer también.

Tardó unos momentos más en asimilar que la mujer del espejo era su propio reflejo.

Asombrada, se tocó la cara, las mejillas, la boca, el carnoso labio inferior.

Raven sabía que no era así como se suponía que debería ser su reflejo. Debería estar viendo a una mujer feúcha, con sobrepeso y una pierna que no funcionaba como era debido. Y, sin embargo, su apariencia era la de una hermosa mujer con dos piernas perfectamente funcionales.

¿Estaría desvariando?

«Pero parece que los sentidos me funcionan de manera correcta. Puedo oír, tocar, ver y oler.»

¿Acaso su anterior aspecto y su lesión habían sido una pesadilla? Salió al pasillo y se asomó a su dormitorio, que estaba decorado con ilustraciones enmarcadas de *La primavera* y *El nacimiento de Venus*, ambas de Botticelli. También tenía algunas fotografías personales. Había fotos de ella junto a su hermana Carolyn. Las imágenes, colocadas sobre las estanterías de la librería, le confirmaron que su aspecto anterior no había sido un sueño.

Raven no creía en los milagros, ni en lo sobrenatural ni en nada que no tuviera una explicación científica. Debía de estar alucinando. No había ninguna otra explicación posible.

Trató de recordar qué había hecho el día anterior. Se acordaba de haber ido a trabajar, pero no recordaba nada más después. ¿Y si la habían drogado?

Se quitó el camisón por encima de la cabeza y, al verlo en sus manos, examinó el material. Parecía estar hecho de algodón. En otros tiempos debía de haber sido blanco, pero ahora se veía amarillento. El escote estaba decorado con encaje fino y una cinta rosa descolorida. El camisón se abría por delante hasta la cintura con una hilera de botones antiguos que parecían perlas. Resumiendo, que el camisón que llevaba puesto no sólo no era suyo, sino que parecía ser del siglo pasado.

Ahora estaba desnuda, cerca del espejo. Fue a la cocina a buscar un



taburete bajo y se subió a él para verse entera.

Ella nunca se miraba al espejo cuando estaba desnuda. Era una imagen que trataba de evitar con todas sus fuerzas. Pero esa mañana maldijo el hecho de tener un espejo tan pequeño.

Tenía la piel pálida y perfecta, sin rastro de cicatrices ni de estrías. Tenía los pechos firmes, en absoluto caídos. Su figura recordaba a un reloj de arena. Tenía una cintura de avispa y unas caderas que se ensanchaban delicadamente.

Se contorsionó sobre el taburete para poder echarles un vistazo al trasero y a las piernas. Le llamó la atención ver que no le quedaba ni rastro de celulitis en los muslos.

«No sé qué me habrán dado, pero tiene que ser una droga muy potente.»

Preocupada por si alguien había abusado de ella, se examinó la piel buscando marcas de golpes, pero no encontró nada.

Con cuidado, separó las piernas y se palpó entre ellas buscando alguna señal de heridas íntimas. Soltó el aire aliviada al comprobar que todo estaba bien.

«Aunque, claro está, si mi aspecto es resultado de una alucinación, también me puedo estar imaginando la ausencia de heridas.»

Raven se preguntó si todas las víctimas de alucinaciones serían tan racionales como ella, pero volvió a atribuir el efecto a la droga que cada vez estaba más segura de que le habían dado.

Se puso el albornoz, que ahora que había adelgazado tanto le quedaba enorme, y fue a buscar su teléfono móvil. Enseguida se dio cuenta de que no tenía batería. Fue al escritorio a buscar el cable para cargarlo. Una mirada a la pantalla del ordenador le reveló que era lunes por la mañana. No entendía cómo había podido olvidar el fin de semana entero, pero iba a tener que dejar los correos electrónicos para otro momento si quería estar en su puesto de trabajo en los Uffizi a las ocho.

Se bebió el café de un trago y se vistió. Se puso unas mallas y una camiseta porque eran las únicas prendas de su limitado guardarropa que no le quedaban ridículamente grandes. Se cepilló los dientes y el pelo a

toda prisa; apagó la música y metió el móvil y el cargador en el bolso.

Trató de encontrar sus zapatillas deportivas favoritas pero, al no verlas por ninguna parte, se rindió y se puso unos zapatos negros informales que había tirado de cualquier manera dentro del armario la última vez que se los puso. En otro momento ya buscaría las zapatillas. Seguro que estaban debajo de la cama.

Si hubiera mirado entonces, habría visto una caja desconocida que estaba oculta bajo la cama individual donde dormía.

Mientras cerraba la puerta del apartamento con llave, vio a *Dolcezza*, la gata de la vecina, que se acercaba por el rellano.

—*Buongiorno, Dolcezza*. —Raven sonrió y alargó la mano para acariciarla.

La gata se apartó de golpe, bufando y arqueando el lomo.

—*Dolcezza*, ¿qué pasa? —Raven se agachó, haciendo un nuevo intento de acercarse al animal, pero éste siguió bufando, sacudiendo la cola bruscamente y defendiéndose con las patas delanteras.

En ese momento, la *signora* Lidia DiFabio abrió la puerta de su casa y llamó a la gata, que pasó a toda prisa entre las piernas de su dueña y entró en el piso como si la persiguiera el mismo demonio.

—Buenos días —saludó Raven a su vecina, preguntándose cómo reaccionaría a su cambio de apariencia.

—Buenos días, querida. —Lidia le dirigió una sonrisa.

—¿Cómo se encuentra esta mañana?

La mujer se frotó la sien.

—Oh, un poco cansada. No me encuentro demasiado bien últimamente.

Raven se acercó un poco a su vecina.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Oh, no. Bruno vendrá más tarde. Me tumbaré un rato hasta que venga. Que tengas un buen día.

Raven se despidió de la vecina con la mano y bajó la escalera a pie. Le sorprendió que Lidia no hubiera hecho ningún comentario sobre su nuevo aspecto ni sobre la pérdida de peso. Tal vez fuera porque no llevaba las gafas puestas.

Lo que todavía la sorprendió más fue la conducta de la gata. Siempre se había llevado muy bien con *Dolcezza*. Le había dado de comer y la había acariciado muchas veces. Su relación siempre había sido amistosa.

Normalmente Raven siempre bajaba la escalera a paso de tortuga, ayudándose con el bastón, pero esa mañana bajó a la carrera.

Era liberador moverse sin la carga añadida de los kilos de más y sin el dolor que solía experimentar. Casi sin darse cuenta, empezó a correr y fue corriendo desde su casa en Santo Spirito hasta el puente Santa Trinita.

Al llegar al puente, se detuvo.

Angelo, el sintecho que siempre se hallaba sentado allí, no estaba esa mañana.

Raven miró a su alrededor, buscándolo. Se preguntó si habría cambiado de sitio, pero no vio ni rastro de él. Sus pertenencias, que solían estar al lado de su lugar favorito, junto al puente, también habían desaparecido.

Sintió un cosquilleo de inquietud en la nuca. Durante todo el tiempo que llevaba viviendo en Santo Spirito, siempre había visto a Angelo en el mismo lugar, ya fuera de día o de noche.

Tomó nota mental de pasar esa tarde por la misión franciscana que visitaba de vez en cuando para preguntar por él.

Una mirada a su reloj de pulsera le dijo que quedaban pocos minutos para las ocho. Tenía el tiempo justo para llegar al trabajo. Raven siguió corriendo hasta llegar a la galería de los Uffizi, que estaba a un kilómetro y medio del puente.

No estaba acostumbrada a sentir los pies golpeando contra el suelo, ni los tirones en las pantorrillas y en las rodillas a causa del esfuerzo. Le encantaban todas esas sensaciones nuevas.

Una brisa suave le acarició las mejillas y el pelo que le caía sobre los hombros y la mochila. Se sentía más fuerte, más atrevida, más segura de sí misma. Era como si, además de un nuevo aspecto, le hubieran dado una nueva actitud ante la vida.

Con cada nuevo paso que daba, se olvidaba un poco más de lo que podía haber causado un giro tan radical en su racha de mala suerte.

Al bajar la guardia, no se dio cuenta de que una misteriosa figura la había estado persiguiendo desde que había salido de su casa.

Era la mañana más feliz de su vida.

SYLVAIN REYNARD es uno de los autores que aparecen en las listas de libros más vendidos del *The New York Times*. Tras el éxito de la saga «Gabriel», que incluye los títulos *El infierno de Gabriel*, *El éxtasis de Gabriel* y *La redención de Gabriel*, el autor ha escrito *El Príncipe*, que da paso a su nuevo proyecto: «Noches en Florencia».

## *Nota*

[1]. En latín significa «cuidado». (*N. de la t.*)

*Noches en Florencia, 1. El Príncipe*  
Sylvain Reynard

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Prince*

© de la ilustración de la portada, Versus Studio - Shutterstock

© Sylvain Reynard, 2015

© Del extracto de *La alondra*, Sylvain Reynard, 2015

Publicado de acuerdo con InterMix Books, un sello de Penguin Publishing Group, perteneciente a Penguin Random House LLC. InterMix y “IM” son marcas registradas de Penguin Publishing Group

© por la traducción, Lara Agnelli, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2015

ISBN: 978-84-08-14814-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual. S. L.

[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)